



XIV JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA

Perspectivas económicas alternativas

Valladolid, 4 y 5 de septiembre de 2014

Área:

Economía Mundial



XIV JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA

Perspectivas económicas alternativas

Valladolid, 4 y 5 de septiembre de 2014

Caracterización teórica de la economía mundial actual: imperialismo, destrucción de fuerzas productivas y límites históricos del capitalismo.

Xabier Arrizabalo Montoro

Instituto Marxista de Economía y Universidad
Complutense de Madrid.

CARACTERIZACIÓN TEÓRICA DE LA ECONOMÍA MUNDIAL ACTUAL: IMPERIALISMO, DESTRUCCIÓN DE FUERZAS PRODUCTIVAS Y LÍMITES HISTÓRICOS DEL CAPITALISMO¹

Xabier Arrizabalo Montoro²

Índice

1. Fuerzas productivas y relaciones de producción: dos categorías teóricas sociales e indeliguables
 2. Imperialismo y límites históricos del capitalismo frente a las teorías de los “ciclos largos”.
 3. Posibilidad teórica y necesidad histórica de la destrucción de fuerzas productivas
 4. La secuencia destructiva crisis→ajuste→crisis, constatación de la inevitable huída hacia delante del capitalismo
 5. Conclusiones
- Bibliografía

Resumen

La mundialización de las políticas de ajuste fondomonetarista desde los primeros años ochenta, constituye la respuesta del capital financiero, principalmente estadounidense, a la crisis de los setenta (crisis que no es sino la vuelta a la convulsa normalidad del imperialismo). Esta mundialización ha contribuido a hacer desembocar a la economía mundial en una nueva crisis aún más grave, la actual. De manera que los últimos cuarenta años pueden sintetizarse en la secuencia crisis→ajuste→crisis. La constatación de la destrucción económica y regresión social que supone esta secuencia exige una caracterización teórica rigurosa y solvente de la economía capitalista mundial actual. Con el objetivo de aportar elementos para lograrla, en esta ponencia, que se apoya en el método marxista (identificado como la culminación histórica de la mejor tradición del pensamiento económico), se propone como referencia central la categoría teórica de fuerzas productivas.

Para ello se parte de la presentación del contenido social e histórico de dicha categoría, de una forma dialéctica vinculada a la categoría asimismo social y por tanto histórica de relaciones de producción. A continuación y sobre esta base se rebate la pretensión de una trayectoria del capitalismo estructurada en torno a ciclos largos, formulación incompatible con el método marxista y con los propios hechos históricos. Frente a ella, la conclusión del planteamiento teórico de Marx lleva a plantear la cuestión de los límites históricos del capitalismo. A su vez, sobre la base de todo lo anterior, se abordan las particularidades del análisis empírico de las fuerzas productivas, lo que en todo caso no impide constatar el proceso de destrucción a que están sometidas como resultado directo de las exigencias de la acumulación capitalista hoy, plasmado en un escenario de huída hacia delante incompatible con toda pretensión de nuevos despliegues capitalistas de carácter progresivo, fundamento de supuestos posibles “capitalismos buenos”.

Palabras clave: Fuerzas productivas, imperialismo, economía mundial, capitalismo

Clasificación JEL: P10, O10, F50 y B14-B51

¹ La presente ponencia procede de dos apartados del libro Arrizabalo, X. (2014); *Capitalismo y economía mundial*, IME-ARCIS-UdeC, Madrid. Toda su fundamentación empírica se encuentra en dicho texto y en particular en su apéndice estadístico (675-708).

² Instituto Marxista de Economía y Universidad Complutense de Madrid.

La mundialización de las políticas de ajuste fondomonetarista, desde los primeros años ochenta, constituye la respuesta del capital financiero, principalmente estadounidense, a la crisis de los setenta (que no es sino la vuelta a la convulsa normalidad del imperialismo). Esta mundialización ha contribuido a hacer desembocar a la economía mundial en una nueva crisis aún más grave, la actual. De manera que los últimos cuarenta años pueden sintetizarse en la secuencia crisis→ajuste→crisis. La constatación de la destrucción económica y regresión social que supone esta secuencia exige una caracterización teórica rigurosa y solvente de la economía capitalista mundial actual.

El análisis de la crisis actual, desde una mirada que vaya más allá de sus aspectos meramente coyunturales, lleva directamente a esta cuestión: ¿cuáles son las perspectivas futuras para la humanidad? ¿Se pueden fundar expectativas en que un nuevo redespliegue de la acumulación capitalista permita superar la tendencia actual a un empobrecimiento de la mayoría de la población, que no es sólo un empobrecimiento relativo, sino que en no pocos casos, como en Europa, se convierte incluso en un empobrecimiento absoluto?

Como salta a la vista, no se trata de una cuestión cualquiera, ya que se ocupa de si el nivel de progreso científico y técnico que la humanidad ha alcanzado gracias a la mayor productividad del trabajo, puede ser, en el marco del modo de producción capitalista, la base de una efectiva mejora de sus condiciones de vida. O si es inevitable que ese progreso, en dicho marco, no se materialice en una mejora de ellas sino que, al contrario, tienda a provocar su deterioro cada vez mayor. Es decir, una situación de barbarie que más que una amenaza de futuro, es una realidad de la que existen muestras de tanta gravedad como, por citar un solo ejemplo, la explosión del fenómeno de la malnutrición en Europa³.

Con el objetivo de aportar elementos para la caracterización de la situación actual, esta ponencia se apoya en el método marxista, culminación histórica de la mejor tradición del pensamiento económico. Desde él se propone como referencia central la categoría teórica de fuerzas productivas, de cara a abordar la propia discusión final acerca de las perspectivas del capitalismo. La comprensión social de dicha categoría se conforma así como la palanca necesaria para la discusión rigurosa acerca de las limitaciones históricas del capitalismo y todas sus implicaciones.

Porque en efecto, sostener la posibilidad de un redespliegue capitalista que permita resolver los graves problemas existentes hoy, exige sostener asimismo la posibilidad teórica de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. Por ejemplo, bajo la fórmula de que éste se comporta de una forma cíclica en el largo plazo, de manera que seguiría abierta la posibilidad de

³ “El año pasado, se calcula que el 10% de los alumnos griegos de educación primaria y media padecían lo que los profesionales de la salud pública denominan ‘inseguridad alimentaria’, es decir, que pasaban hambre o corrían peligro de pasarla, dice la doctora (...) Grecia ha caído al nivel de algunos países africanos” (El País, 13 de abril de 2013, citando a Athena Linos, profesora en la Facultad de Medicina de la Universidad de Atenas y directora de un programa de ayuda alimentaria en Prolepsis, una ONG de salud pública). “Un informe elaborado por UNICEF en 2012 mostraba que, entre las familias con niños más pobres de Grecia, más del 26% tenían una ‘dieta pobre por motivos económicos’”. (El País, 18 de abril de 2013). En el caso español, la tasa de riesgo de pobreza se eleva en 2011 al 33,8% en Canarias, al 31,9% en Extremadura y al 31,7% en Andalucía y Castilla-La Mancha. Para el conjunto español, la tasa de riesgo de pobreza o exclusión social afecta al 29,9% de la población menor de 16 años (INE, Encuesta de condiciones de vida; disponible en www.ine.es/jaxi/tabla.do?path=/t25/p453/provi/10/&file=01002.px&type=pcaxis&L=0).

esos supuestos nuevos desarrollos. Por el contrario, nuestra interpretación, resultante de la aplicación del método marxista al análisis de los hechos, concluye que no sólo es que las fuerzas productivas cada vez se encuentren más bloqueadas, sino que, *de facto*, se están produciendo procesos destructivos de ellas que cada vez son más amplios y sistemáticos.

Para argumentar todo esto en la ponencia se parte de la presentación del contenido social e histórico de dicha categoría de fuerzas productivas, de una forma dialéctica vinculada a la categoría asimismo social y por tanto histórica de relaciones de producción. A continuación y sobre esta base se rebate la pretensión de una trayectoria del capitalismo estructurada en torno a ciclos largos, formulación incompatible con el método marxista y con los propios hechos históricos. Frente a ella, la conclusión del planteamiento teórico de Marx lleva a plantear la cuestión de los límites históricos del capitalismo. A su vez, sobre la base de todo lo anterior, se abordan las particularidades del análisis empírico de las fuerzas productivas, lo que en todo caso no impide constatar el proceso de destrucción a que están sometidas como resultado directo de las exigencias de la acumulación capitalista hoy, plasmado en un escenario de huida hacia delante incompatible con toda pretensión de nuevos despliegues capitalistas de carácter progresivo, fundamento de supuestos posibles “capitalismos buenos”.

1. Fuerzas productivas y relaciones de producción: dos categorías teóricas sociales e indesligables

Cada sociedad presenta un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Este desarrollo es el resultado del despliegue efectivo de las posibilidades que a cada sociedad le aporta la disponibilidad de los elementos que participan en el proceso de producción. Por tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas depende del trabajo y los medios de producción disponibles. O para decirlo con más precisión: depende de las combinaciones que se pueden establecer entre el trabajo disponible (de acuerdo a su cantidad y su cualificación) y los medios de producción (en función de su cantidad y del progreso técnico que contengan). Esas combinaciones se basan por tanto en la productividad del trabajo, variable de la que, en definitiva, dependen las fuerzas productivas. Pero las fuerzas productivas no son la productividad.

Hemos dicho que la disponibilidad de los elementos que participan en el proceso de producción “aportan posibilidades” y que las fuerzas productivas “dependen” de dicha disponibilidad, de sus posibles combinaciones, de la productividad del trabajo en que se concretan. Es decir, esta disponibilidad no es una condición suficiente, sólo es necesaria. Cierta disponibilidad de trabajo vivo y medios de producción es un requisito indispensable para el desarrollo de las fuerzas productivas, pero no es suficiente, no lo asegura porque las fuerzas productivas no son la productividad del trabajo.

Algunos autores, como Marta Harnecker⁴, han identificado mecánicamente el aumento de la productividad del trabajo con el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero esta identificación es contraria al método marxista, precisamente por su mecanicismo, que niega *de facto* el carácter social, dialéctico e histórico de categorías precisamente sociales como la de fuerzas productivas.

Las fuerzas productivas de la humanidad, expresión material e intelectual del grado de dominación sobre la naturaleza alcanzada por ésta, de su capacidad adquirida para obligar a la naturaleza a satisfacer sus necesidades. No son, otra vez, simples conjuntos técnicos; son a la vez el producto e instrumento de la actividad práctico-teórica del hombre en sus relaciones con la naturaleza, actividad que es la sustancia, el fundamento de todo progreso de la civilización humana. Para el materialismo histórico, la categoría económico-socio-histórica de fuerzas productivas ocupa un lugar central en la historia de la humanidad (Boisgontier, 1971b: 254).

En efecto, en primer lugar el carácter social de las fuerzas productivas impone la necesidad de contextualizar la discusión acerca de su desarrollo más allá de la influencia del desarrollo técnico, dado que la hipotética traslación de éste al plano social debe ser compatible con el dictamen de las reglas del juego (en la economía capitalista, con la rentabilidad). En segundo lugar, el carácter dialéctico de los procesos económicos supone que las cuestiones técnicas no puedan alcanzar una dimensión superior a la de ser condición necesaria, porque no puede establecerse automatismo alguno entre ellas y su reflejo social. Ningún desarrollo técnico equivale o garantiza *per se* ningún desarrollo social. Y en tercer lugar, el carácter histórico implica que no sólo no hay nada preestablecido en cuanto a un inexorable desarrollo de las fuerzas productivas, sino que la base que supone su potencial desarrollo para el establecimiento de unas nuevas relaciones de producción que verifiquen dicho potencial, a partir de cierto momento se puede tornar, y de hecho lo hace, en un obstáculo para ulteriores desarrollos. Precisamente a esta cuestión, central en la actualidad, se dedica específicamente este documento.

En resumen, en torno a la noción de fuerzas productivas hay un riesgo importante de confusión, interesada o no. Porque una cosa es la formulación de la fuerza productiva del trabajo, asociada estrictamente a su capacidad técnica de producción, de forma asocial y, por tanto, relacionada exclusivamente con la productividad. Y otra cosa, bien distinta, es la categoría económica y por tanto social de fuerzas productivas, categoría que va mucho más allá de una consideración puramente técnica. Desde luego que las fuerzas productivas se basan en la capacidad productiva, que depende a su vez de las combinaciones que se pueden establecer entre el trabajo vivo y los medios de producción disponibles.

Pero en ningún caso esas combinaciones son ajenas a las “reglas de juego” sociales (las relaciones de producción que abordamos a continuación), que determinan finalmente cuáles de esas posibles combinaciones se llevan efectivamente a cabo. Hasta tal punto que la lógica propia de unas determinadas relaciones de producción puede llevar a la inutilización de esa capacidad (baste mencionar como ejemplo el fenómeno del desempleo en la actualidad,

⁴ “Mediremos el grado de desarrollo de las fuerzas productivas por el grado de PRODUCTIVIDAD del trabajo”; Harnecker, Marta (1969); *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, pág. 42 (mayúsculas en el original).

incomprensible desde el “sentido común” de los valores de uso, pero fácil de entender desde la lógica de las relaciones de producción dominantes, las capitalistas, puesto que existe simplemente por la ausencia de rentabilidad suficiente para que se verifique efectivamente la contratación de ese trabajo ofertado). Es decir, las fuerzas productivas, en su interrelación con las relaciones de producción (gracias a la cual adquieren su carácter social, histórico), no consisten en la productividad, sino en el aprovechamiento social de las potencialidades que, hipotéticamente, puede aportar dicha productividad. De hecho,

no todo trabajo humano equivale a poner en acción las fuerzas productivas. Así, un trabajo que no responda a la finalidad de satisfacer las necesidades humanas y que, lejos de favorecer el desarrollo de las fuerzas productivas, desencadene las fuerzas destructivas, puede ser considerado como inútil, o incluso como un desperdicio de tiempo y fuerzas (Gluckstein, 1999: 88)⁵.

Es, desde luego, el caso del desarrollo gigantesco de la industria de armamento en el estadio imperialista del capitalismo:

Por una parte, porque la naturaleza de las guerras ha cambiado por completo: las guerras del siglo XX han sido guerras de destrucción con las que los diferentes imperialismos decidían sus relaciones mediante la destrucción de poblaciones enteras y de las bases económicas de continentes enteros; destructivas son también las ‘guerras humanitarias’, que sirven de cobertura a las operaciones de despedazamiento y saqueo de países enteros a cargo de las tropas ‘civilizadoras’ de las grandes potencias imperialistas. Por otra parte, porque la industria de armamento misma, utilizada como volante de arrastre de la economía, desvía en beneficio propio gran parte de los presupuestos de las naciones, alimentando el endeudamiento, que a su vez desemboca en la destrucción masiva de los servicios públicos y de las economías nacionales (Gluckstein, 1999: 89).

Parte de la confusión procede de trazar un paralelismo con la noción de trabajo productivo. En la economía capitalista, éste es definido estrictamente por su capacidad productora de plusvalía y, por tanto, está totalmente desprovisto de consideración alguna hacia su utilidad social o, en definitiva, hacia su aportación en el terreno de los valores de uso. Cuando abordamos así la noción de trabajo productivo, lo hacemos indagando acerca de su función desde el punto de vista del proceso de acumulación capitalista (es decir, el conducido por los capitalistas con el objetivo de valorizar su capital), para conocer las leyes de su desarrollo histórico. Por el contrario, cuando abordamos la cuestión de las fuerzas productivas lo hacemos desde una perspectiva que va más allá de la acumulación específicamente capitalista, poniéndola en relación con las perspectivas generales de la humanidad:

Podría objetarse que la producción de armas, independientemente de su función destructiva, ofrece a los capitalistas una salida privilegiada de la producción. Representa incluso importantes mercados. Pero eso lo único que indica es que no se puede identificar el desarrollo de la producción capitalista con el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad (Gluckstein, 1999: 89).

Una primera definición del proceso de producción, visto de una forma técnica, lo aborda simplemente como la combinación de trabajo vivo y medios de producción para dar lugar a productos nuevos, productos que son el resultado de un proceso de transformación. Pero esa definición no nos aporta nada para el análisis económico si no incorporamos en ella las pautas sociales que nos

⁵ Véase, en general, Boisgontier (1971b), Gluckstein (1999: 83-96) y Gill (1979: 384-391).

permitan entender cómo y en qué magnitud se produce dicha combinación. De hecho, el objeto de la economía no remite a otra cosa que la forma social a través de la cual la sociedad se organiza para producir la base material de su existencia, de su reproducción en el tiempo. Transitoriamente y de un modo intuitivo nos hemos referido a ello, en términos coloquiales, como “reglas del juego”; es decir, la clave social que rige el proceso de acumulación en el marco de cuyo desarrollo efectivamente se produce un impulso a las fuerzas productivas; o, por el contrario, se coarta éste.

En efecto, cualquier sociedad organiza la producción estableciendo unas determinadas relaciones entre sus miembros; relaciones que no son sólo ni en primer lugar técnicas, una división técnica del trabajo, sino que derivan de la particular conformación de la estructura de clases de cada tipo de sociedad; es decir, una división social. De modo que, obviamente, esa organización de la producción no será igual en todo tipo de sociedad. En las sociedades que se estructuran en clases, esas relaciones no se dan entre sus miembros considerados individualmente, sino entre las clases que los integran (configuradas como tales precisamente en torno al papel que ocupan en el proceso de producción social, ligado a su vez a la apropiación de los medios de producción). En resumen, las relaciones de producción son las relaciones que se establecen entre las distintas clases sociales en el proceso social de producción.

Formulado en estos términos podría parecer que esas relaciones “caen del cielo”, lo que desde luego no es así. Las relaciones de producción derivan de los vínculos particulares que cada una de esas clases tiene con los medios de producción. Por eso las relaciones de producción pueden ser de diferentes tipos. Por ejemplo, las capitalistas son unas relaciones de producción que se basan en la apropiación privada de los medios de producción solamente por una clase social, la burguesía, de manera que la clase trabajadora queda desposeída de ellos. En consecuencia, entre ambas clases se establece la relación social en la que se basa el proceso de producción capitalista: la mercantilización de la fuerza de trabajo, por la que la clase trabajadora vende su capacidad de trabajar como medio para obtener el ingreso que le permite a su vez comprar los bienes necesarios para su reproducción, para su vida. Y por la que la clase capitalista compra dicha fuerza de trabajo para combinarla con sus medios de producción en un proceso productivo de su propiedad, cuyo resultado, gracias a la explotación o trabajo no pagado, es un excedente que toma la forma de una masa acrecentada de valores (la plusvalía) que es asimismo apropiado por ella (la ganancia). En efecto, es la ganancia que permite el consumo de los miembros de esta clase (consumo improductivo), así como que encaren las necesidades de acumulación que impone la competencia. Precisamente porque el excedente capitalista o plusvalía procede del trabajo no pagado es por lo que caracterizamos estas relaciones de producción como unas relaciones de explotación. Además, el proceso de acumulación guiado por el criterio de rentabilidad y no por el de las necesidades sociales, se lleva a cabo a través del mecanismo de reparto indirecto de recursos y productos que es el intercambio (los bienes adoptan la forma social de mercancía, de modo que para su consumo se exige su compra).

Ni que decir tiene que, sobre la base de un cierto grado de desarrollo técnico, existen posibilidades alternativas de organización social; esto es, posibilidades alternativas de relaciones de producción y todos sus corolarios. En la actualidad, por ejemplo, gracias a la enorme cualificación de la mano de obra y el desarrollo científico y técnico que hace posible, hay condiciones materiales para unas relaciones de producción basadas en la colaboración no jerárquica entre el conjunto de los miembros de la sociedad, a partir de la propiedad colectiva de los medios de producción, lo que permitiría una acumulación planificada en la que el criterio de producción y distribución fuera el de las necesidades sociales expresadas directamente de forma democrática, no a través del mercado.

La existencia de esas dos clases principales en la economía capitalista es el resultado de un proceso histórico, a través del cual las clases se conforman como tales por su lugar en las relaciones de producción. Es porque una parte de la sociedad mercantiliza su fuerza de trabajo (debido a su condición de desposeídos de medios de producción), por lo que se constituye como clase, en torno justamente a ese hecho. Y de forma paralela, es porque una parte de la sociedad compra esa fuerza de trabajo para su consumo productivo (en combinación con sus medios de producción y de cara a la valorización de su capital, a través de la producción de un excedente que se apropia como ganancia), por lo que se constituye en clase. Estableciéndose entre ellas la mencionada relación de explotación que, por tanto, constituye la esencia misma del capitalismo (mostrando así, por cierto, la falaz inconsistencia, y cada vez más, de pretendidas modalidades de “capitalismo civilizado” o “capitalismo con rostro humano”)⁶.

Por ello, las categorías teóricas de fuerzas productivas y relaciones de producción no se pueden considerar de forma aislada, porque no son independientes entre sí: el desarrollo de las fuerzas productivas condiciona las relaciones de producción y éstas, que por tanto dependen de aquellas, a su vez también influyen en ellas. Por tanto, el vínculo entre ambas es dialéctico, dinámico, está en evolución permanente, con tensiones y contradicciones.

De la primera parte de su conexión, la necesidad de un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas como base para la puesta en marcha de unas nuevas relaciones de producción, puede dar cuenta, a modo de ejemplo, la imposibilidad de que el capitalismo (que surge históricamente en un dilatado período que se extiende, *grosso modo*, entre 1500 y 1750) pudiera haberse consolidado en otro período anterior, debido a la ausencia de las condiciones materiales para ello; es decir, por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas.

Y de la segunda parte del vínculo entre ellas, el condicionamiento que ejercen las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas, una muestra clara es el corsé que suponen las relaciones feudales de producción, en la Europa occidental del período citado, para la materialización de ciertos cambios potenciales (demográficos, tecnológicos, de disponibilidad de materias primas y recursos naturales, etc.) en un desarrollo efectivo de las fuerzas productivas.

⁶ Un resumen de los fundamentos y las contradicciones crecientes de la acumulación capitalista a la luz del análisis marxista se encuentra en Arrizabalo (2014a: 95-146).

Corsé del que sólo se libera la sociedad por la propia superación de las relaciones feudales de producción, resultado de la exitosa lucha de clases de la burguesía ascendente y que va a permitir efectivamente el desarrollo de las fuerzas productivas⁷.

De hecho, el enorme desarrollo de éstas es lo que caracteriza en particular el primer estadio del capitalismo que designamos con el nombre de capitalismo ascendente. El desarrollo de las fuerzas productivas no es sólo la espectacular expansión de la producción fabril, sino también el del proletariado como clase y las grandes aglomeraciones urbanas, que dan lugar al desarrollo de la construcción, los transportes y las comunicaciones. Así como las relaciones económicas internacionales que van adquiriendo una importancia creciente fruto de la propia extensión del capitalismo, predominando en ellas la exportación de mercancías, pues la de capitales todavía tiene un peso muy limitado, pero que apuntan ya hacia la ulterior configuración de una economía mundial como tal, que integrará, aunque sea de forma subordinada en muchos casos, a la inmensa mayor parte del territorio mundial ya en el inicio del siglo XX. En todo caso, el desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de estas relaciones de producción no tiene nada de idílico, sino que se basa en la explotación consustancial a todo proceso capitalista de acumulación.

La visión mecánica de las fuerzas productivas guarda relación directa con el dominio de la concepción estalinista en el seno del movimiento obrero y su necesidad de “decretar” el socialismo (esta concepción se autoproclama marxista, a pesar de su incompatibilidad, tanto teórica como política, con los planteamientos más elementales del marxismo):

Para Stalin, el socialismo, que él identifica con la realidad existente en la URSS, es un concepto ‘cuantitativo’, la culminación de un proceso de estatalización de los medios de producción, y no un concepto ‘dialéctico’ (‘cualitativo’) vinculado al desarrollo de las fuerzas productivas (De Blas, 1994: 285).

En realidad, no es sólo que entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción haya un vínculo inextricable, sino que es precisamente el conjunto integrado por las fuerzas productivas y las relaciones de producción lo que constituye la estructura económica de una sociedad, su base económica. Y, por tanto, el objeto de estudio de la economía como disciplina⁸.

La noción de estructura económica permite a Marx referirse a la economía desde una perspectiva histórica y dialéctica. Resalta así su condición de totalidad integrada por distintos componentes, que mantienen entre sí relaciones dialécticas de interdependencia. Y que, abordados históricamente, hacen posible la comprensión de su condición de permanencia en cuanto a los elementos que van más allá de lo coyuntural y, simultáneamente, de movimiento, de cambio que abre la posibilidad de que los propios elementos de fondo puedan ser sustituidos por otros que den lugar a una nueva estructura. Por tanto, esta utilización de la noción de estructura no tiene nada que ver con

⁷ Otro ejemplo es el que constituye el objeto de esta ponencia: el obstáculo que, actualmente, suponen las relaciones capitalistas de producción para la materialización del hipotético desarrollo de las fuerzas productivas que podrían permitir los desarrollos científicos y técnicos pero que, en el marco capitalista, provocan su frustración, su destrucción.

⁸ Véase Arrizabalo (2014a: 24-31).

el “estructuralismo” que, en figuras como la de Althusser, resulta incompatible con una concepción materialista del mundo (Arrizabalo, 2014: 29).

La siguiente cita de Marx, acerca del vínculo dialéctico entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, ilustra perfectamente la conclusión de lo que acaba de ser explicado. Especialmente en relación con el tema que constituye el contenido central de esta ponencia, los límites históricos del capitalismo:

El modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal; y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción; atestigua que éste no es un modo de producción absoluto para la producción de riqueza, sino que, por el contrario, llegado a cierta etapa, entra en conflicto con el desarrollo ulterior de esa riqueza (Marx, 1894, 6: 310).

De hecho, así se muestra con las fuertes tensiones a las que están sometidas las fuerzas productivas en los últimos cien años, hasta el punto de que la destrucción de valores propia de las crisis resulte ya insuficiente para, de una forma relativamente cíclica, acabar restaurando las condiciones para que se reanude la acumulación (lo que provoca la necesidad de su destrucción a una escala cada vez mayor).

2. Imperialismo y límites históricos del capitalismo frente a las teorías de los “ciclos largos”

En el plano del debate tanto económico como político, ciertos teóricos así como organizaciones y dirigentes de ellas responden afirmativamente a la pregunta de si la trayectoria del capitalismo en el largo plazo obedece a un patrón de comportamiento cíclico, es decir, de acuerdo a ondas ascendentes y descendentes. Son las teorías de los “ciclos largos” (también denominados “ondas largas”). Este planteamiento ha alcanzado cierto eco, sin duda influido por la visión “optimista” que aporta la noción de “ciclo de largo plazo”, para defender que efectivamente la acumulación capitalista tiene posibilidad de redespigarse nuevamente de forma expansiva.

Sin embargo, a la luz de los acontecimientos de los últimos ya más de cuarenta años, toda pretensión de seguir defendiendo esa supuesta trayectoria cíclica, queda zanjada por la vía empírica, dada su incompatibilidad con la evolución efectiva en este largo período reciente. En efecto, el período que se inicia en torno a 1970, que por tanto se encamina ya al medio siglo, en absoluto ha contenido fase alguna merecedora de ser calificada de expansión, incluso si simplemente se exige el requisito de que haya un crecimiento generalizado, al menos en las economías más avanzadas, y sostenido en el tiempo más allá del corto plazo.

La puesta de largo de estas teorías de los “ciclos largos” se produce con la formulación de Nikolái Kondrátiev, que en 1926 publica en alemán su obra *Die langen Wellen der Konjunktur* (“Las ondas largas de la coyuntura”)⁹:

⁹ Kondratieff, Nicolái D. (1926); “Die langen Wellen der Konjunktur”, *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 56, nº 3, págs. 573-609. Posteriormente fue publicada en inglés, en noviembre de 1935, bajo el título de “The Long Waves in Economic Life” en *The Review of Economic Statistics*, vol. XVII, nº 6. Y nueve años después en castellano

La dinámica de la vida económica en el orden social capitalista no es de carácter simple y lineal, sino complejo y cíclico (...) [Junto a los ciclos medios de siete a once años y de otros más cortos, de tres a cinco años], existe, además, bastante fundamento para suponer que, en la economía capitalista, hay también ciclos largos, cuya duración media es de cincuenta años (...) Al afirmar la existencia de ciclos largos y negar que éstos sean de origen accidental, creemos, al mismo tiempo, que nacen de causas radicantes en la esencia de la economía capitalista (Kondratiev, 1926 en VVAA, 1979: 33 y 66).

La trascendencia de esta cuestión de los “ciclos largos” se debe a que está conectada directamente con la posibilidad permanente de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas en el marco del modo de producción capitalista. Por tanto está conectada con los límites históricos del capitalismo y supone implicaciones políticas muy profundas. Ahora bien, entrando en su contenido, hay que recalcar que la noción misma de ciclos de largo plazo, choca, inevitablemente, con el fundamento mismo de la reproducción económica que tiene un carácter social y por tanto histórico. En efecto, para que un proceso pueda ser definido como cíclico han de concurrir dos elementos: regularidad en sus oscilaciones (al menos relativamente) y cierto automatismo en su materialización. A la luz del análisis tanto teórico como empírico del capitalismo, salta a la vista la incompatibilidad entre tal formulación de “ciclos de largo plazo” y el planteamiento marxista. Choca en particular con la ley con la que culmina *El Capital*, del descenso tendencial de la tasa de ganancia. Y choca asimismo con la caracterización del imperialismo como fase suprema del capitalismo formulada por Lenin en 1916¹⁰.

No se trata de determinismo económico, sino justo al contrario, de la necesaria consideración conjunta, pero no caótica o casual, de los factores que determinan el desarrollo social, en los que el “factor económico” sí desempeña un papel decisivo, pero sólo en última instancia. Así lo explicaba Trotsky en 1926, en relación con esta misma cuestión:

La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que el mercado ha surgido a la existencia. Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratiev sugiere, infundadamente, el uso del término “ciclos”, debemos destacar que el carácter y duración están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista. La adquisición para el

como “Los grandes ciclos de la vida económica”, en Urquidí, Víctor L., dir. (1944); *Ensayos sobre el ciclo económico*, FCE, México. En 1979 se publica con el título de “Los ciclos económicos largos” en una obra muy clarificadora del debate porque recopila asimismo otros textos que nutren la controversia al respecto. Son los siguientes: “La curva del desarrollo capitalista” de Trotsky (1923); “La teoría de los ciclos largos de Kondratieff”, de George Garvy (1943); “Las ‘ondas largas’ en la historia del capitalismo” de Ernest Mandel (1972, en “El capitalismo tardío”, que en 1964 este mismo autor había llamado “Neocapitalismo”) y “La teoría de los grandes ciclos: Kondratieff, Trotsky y Mandel” de Richard B. Day (1977). Day explica que Kondratiev ya había apuntado el tema cuatro años antes en: Kondratieff, Nicolái D. (1922); *Mirovoe khozyaistvo i evo konyunktury vo vremya i posle voyni*, Vologda (“La economía mundial y sus coyunturas durante y después de la guerra”). Schumpeter es otro autor relevante en esta materia. Véase Schumpeter, J.A. (1939); *Business Cycles, A Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, McGraw-Hill, Nueva York. Volviendo a Kondratiev, en su texto de 1926 señala que llegó a la conclusión de la existencia de ciclos largos en los años 1919-1921; conclusión que efectivamente formuló en algunos textos previos, en 1922 y 1925, en particular en publicaciones del moscovita Instituto para la Investigación de la Coyuntura, fundado por él mismo en 1920. Kondratiev había sido eserista (del partido campesino socialista revolucionario) y como tal había participado como ministro en el gobierno provisional de Kerenski. Durante los años veinte y bajo el gobierno bolchevique, responsables políticos y teóricos opuestos al bolchevismo, como Kondratiev, siguieron trabajando en organismos estatales en lugares muy relevantes, hasta que Stalin y su camarilla tomaron el control omnímodo del partido y del Estado. En el marco de las detenciones y purgas de los sectores partidarios de las tesis de Bujarin, entre los que se encontraba el propio Kondratiev, éste fue detenido en 1930 y posteriormente ejecutado en 1938, en la gran ola de represión que sucedió al asesinato de Kírov.

¹⁰ Véase Arrizabalo (2014a: 167-183).

capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden “superestructural” tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el reemplazo de las épocas ascendentes, estancadas o declinantes del desarrollo capitalista (Trotsky, 1926 en VVAA, 1979: 91).

Por otra parte, desde el punto de vista empírico, la crítica de Georges Garvy en 1943 es suficientemente clara y, desde la perspectiva actual, queda aún más plenamente refrendada:

El examen del trabajo estadístico de Kondratieff nos lleva a la conclusión de que no logra demostrar la existencia de “ciclos largos en la vida económica” (...) Nuestro análisis muestra que no está probada la existencia de las oscilaciones largas en las series de producción estudiadas por Kondratieff; que los datos de los cuatro mayores países capitalistas y las dos series de amplitud mundial cubren solamente un ciclo; que, consiguientemente, ni el carácter internacional del fenómeno ni su repetición a intervalos de ritmo regulares pueden afirmarse a base del material presentado. La teoría ofrecida por Kondratieff para explicar la repetición cíclica de las oscilaciones largas no tiene fundamentación empírica (...) (Garvy, 1943, en VVAA, 1979: 138-139).

Esto no significa en absoluto, obviamente, que el análisis del capitalismo desde una perspectiva de largo plazo carezca de interés, todo lo contrario:

Aunque la hipótesis de las oscilaciones cíclicas de larga duración, sobre las que se superponen movimientos cíclicos más cortos, debe ser descartada, la idea de que la economía capitalista ha pasado por varias etapas sucesivas de desenvolvimiento, caracterizadas por diferentes ritmos de crecimiento y expansión geográfica, merece atención. El análisis actual ganaría, probablemente, en precisión y significado si se basara sobre una distinción mejor articulada entre las diferentes fases de la economía capitalista. La “curva de la evolución capitalista” sería un cuadro más complicado que una simple curva y, ciertamente, más irregular que los ciclos largos de Kondratieff. Sustituiríamos la hipótesis de las oscilaciones periódicas largas por el estudio de las sucesivas etapas de nuestro actual sistema económico, de su creciente alcance geográfico y de sus cambiantes relaciones con las esferas no capitalistas. Esto nos alejaría de la construcción de modelos abstractos de secuencias temporales, llevándonos al estudio de la dinámica efectiva de nuestro sistema económico (Garvy, 1943, en VVAA, 1979: 140-141).

Aunque se ha formulado el debate en términos de “ciclos”, su contenido esencial no se modifica por denominarlo con otra expresión y, en particular, con la de “ondas”, que es el término que utiliza por ejemplo Ernest Mandel (y el que había utilizado originalmente el propio Kondrátiev):

La historia internacional del capitalismo aparece así no sólo como una sucesión de ciclos industriales distribuidos cada siete o diez años, sino también como una sucesión de períodos más largos, de alrededor de cincuenta años. Hemos conocido cuatro, hasta el presente (...) Es evidente que estas “ondas largas” no se producen de forma mecánica, sino que funcionan a través de la articulación del ciclo industrial “clásico” (...) Una sucesión tal, de al menos cinco “ondas largas”, no puede ser atribuida ni al azar ni al solo juego de los factores exógenos (Mandel 1972, en VVAA, 1979: 158, 161 y 183).

Mandel adopta una perspectiva “eclectica”, como la define Gill (1996: 558) respecto a su explicación de las crisis, pero que se extiende a otros planos como el desarrollo de las fuerzas productivas, el declive estadounidense o el conflicto de bloques. Como tal planteamiento ecléctico y “*con el pretexto de delimitar la realidad en sus dimensiones concretas*” (ibídem: 558), pretende conciliar el análisis marxista con explicaciones *ad hoc* en cada caso. En esta cuestión de los ciclos u ondas de largo plazo, dicha conciliación, imposible, puede resumirse así:

Las tesis de Kondratieff plantean dos tipos de problemas diferentes. Por un lado se trata de saber si el movimiento histórico de la acumulación capitalista conoce períodos de tiempo más o menos

largos que se puedan diferenciar entre sí por el aumento o disminución del ritmo de ese movimiento. Por otro lado, se trata de saber si ese movimiento es cíclico o no. Mientras Kondratieff responde afirmativamente a ambas cuestiones, Trotsky contesta sí a la primera y no a la segunda. Mandel pretende estar de acuerdo con ambos, y Day subraya la imposibilidad de la posición de Mandel (Izquierdo en VVAA, 1979: 28-29).

Este subrayado de Day es totalmente clarificador...

La descripción de Mandel de la “dinámica interna” de las revoluciones tecnológicas sugiere la presencia de algún tipo de ritmo [de los grandes ciclos]; sin embargo, también está de acuerdo con Trotsky en que los factores sociales y políticos impiden que los grandes ciclos exhiban una “necesidad natural”. Para superar esta última dificultad, evita la referencia a los grandes ciclos – que implican movimiento rítmico- y, en su lugar, habla de “ondas largas con una tónica de expansión” y “ondas largas con tónica de estancamiento”. Pero el problema de esta terminología es que lleva directamente a la esencia del debate Trotsky-Kondratieff. En el empleo por Kondratieff del término “onda”, dos de ellas constituyen un ciclo. Además, el término “onda” sigue implicando una norma teórica en relación con las oscilaciones que pueden diferenciarse (Day, 1977 en VVAA, 1979: 222).

...poniendo de relieve la incompatibilidad de la formulación de Mandel con el método marxista:

Así, en el análisis final, Mandel se enfrenta con la cuestión del equilibrio del capitalismo, sin darse cuenta de que lo ha hecho (...) En resumen, está de acuerdo con Kondratieff y con Trotsky, algo que lógicamente es imposible. O el capitalismo se desarrolla según una pauta evolutiva continua, en cuyo caso puede hablarse de ciclos, o esa teoría oculta el desarrollo irregular del capitalismo, tal como Trotsky sostenía. Toda la sutileza del mundo será incapaz de superar el hecho básico de que, en la opinión de Trotsky, las ondas largas –o los grandes ciclos– son incompatibles con una periodización marxista de la historia del capitalismo (ibídem: 222).

En resumen:

El error de comprensión de Trotsky, por parte de Mandel, puede ilustrarse, además, por su referencia a George Garvy, que muy adecuadamente concluyó que Trotsky negaba el carácter cíclico de las fluctuaciones a largo plazo. En *Late Capitalism* [publicado en castellano como “El capitalismo tardío”], Mandel sugiere que las conclusiones de Garvy eran “no muy precisas”; es decir, Garvy descubrió una simple dificultad semántica que, si se sigue, reduciría la cuestión a una “disputa sin objetivo, al igual que las diferencias semánticas entre ciclos, ‘ondas largas’, ‘períodos largos’ y ‘grandes segmentos de la curva del desarrollo capitalista’. Lo que a Mandel le parece una simple diferencia semántica, constituye en realidad el verdadero meollo del debate Trotsky-Kondratieff (Day, 1977 en VVAA, 1979: 219).

La incompatibilidad entre el método marxista y la teoría de los ciclos u ondas largas, que plantean Kondratieff y Mandel entre otros, se ilustra bien con el debate que había tenido lugar en los primeros decenios del siglo XX, por parte de algunos de los principales teóricos del movimiento obrero. Ya en 1899 Eduard Bernstein había presentado su posición revisionista del planteamiento marxista, rechazando la inevitabilidad de una sucesión de crisis profundas y de gravedad creciente:

Como no se han visto señales de un crack económico mundial de inaudita violencia, así tampoco podemos decir que los períodos de recuperación ocurridos (...) hayan sido particularmente efímeros (...) si de la expansión geográficamente intensa del comercio mundial, unida a la extraordinaria reducción del tiempo requerido para las informaciones y los transportes, no han aumentado hasta tal punto las posibilidades de *compensación* de los desequilibrios, y si el enorme aumento de la riqueza de los estados industriales europeos, unido a la elasticidad del sistema crediticio moderno y al nacimiento de los cárteles industriales, no han restringido de tal modo la *capacidad de reacción* de los desequilibrios locales o particulares sobre la situación general de los negocios, como para que sea necesario considerar altamente improbable, al

menos durante un período bastante largo, la posibilidad de crisis económicas del tipo de las precedentes¹¹.

Para Bernstein, contrariamente al análisis marxista, las crisis generales pueden evitarse:

El esquema de las crisis, en o para Marx, no era una imagen del futuro, sino un cuadro del presente, del cual se esperaba únicamente que en el futuro se presentara bajo formas siempre más agudas y macroscópicas (...) Excepto que se produzcan sucesos *externos* e imprevistos que provoquen una crisis general –y, como vimos, esto es siempre posible, no hay razón suficiente para deducir, en base a motivos puramente económicos, que tal crisis sea inminente. Los fenómenos de depresión de carácter local y parcial, son inevitables; en cambio, no lo es una paralización general, dada la organización y extensión actual del mercado internacional y dada especialmente la expansión *de la producción de medios de subsistencia*. Este último fenómeno tiene importancia particular para nuestro problema. Quizás nada haya contribuido tanto a atenuar las crisis económicas o a impedir su agravamiento como el derrumbe de los réditos y de los precios de los medios de subsistencia¹².

En 1902, Kautsky se había opuesto a esta posición de Bernstein, sosteniendo que las crisis tendían a ser cada vez más graves y el capitalismo se dirigía a un estado de depresión crónica. Sin embargo, veinticinco años más tarde, en 1927, cambia totalmente su posición en *La concepción materialista de la historia*, defendiendo que no hay base alguna para plantear que el capitalismo tienda a constituirse en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas (Gill, 1976: 367-368). Paradójicamente, lo sostiene partiendo de la frase de Marx del *Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, en el que afirma:

una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad (Marx, 1859: 5).

Pero Kautsky defiende que esa afirmación no se aplica al capitalismo, que sí es capaz de seguir expandiendo siempre las fuerzas productivas, a diferencia de sociedades anteriores, las cuales:

en el momento de su declive no eran ya capaces de soportar ningún desarrollo de las fuerzas productivas, poniendo trabas a cualquier nuevo desarrollo... el capitalismo industrial conduce a una expansión siempre más tempestuosa de las fuerzas productivas (tomado de Boisgontier, 1971: 287).

Esto significa que Kautsky había derivado a una posición idealista: para él, la superación del capitalismo no sería ya una necesidad, resultado de su agotamiento histórico, sino el producto de una decisión política. Así, en referencia a la Primera Guerra Mundial alega:

Pero el capitalismo no se ha hundido. Resultó que su elasticidad, su capacidad de adaptación a una nueva situación eran mucho más fuertes que sus puntos sensibles. Ha sufrido la prueba de fuego de la guerra y hoy es, desde el punto de vista puramente económico, más sólido que nunca... Hace treinta años yo consideraba las crisis crónicas. Después, el capitalismo ha sufrido tantas crisis... y ha salido de ellas tan bien, que parece económicamente hablando más viable que hace medio siglo (ibídem: 287).

¹¹ Bernstein, Eduard (1899); *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México, 1982, pág. 172.

¹² Ibídem: 176 y 182.

El texto de Kautsky no es premonitorio: data de 1927, justo dos años antes del estallido de la llamada crisis del 29. En el mismo período, la Internacional Comunista dirigida por Lenin mantenía la posición de rechazo a la hipótesis de un desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas bajo el orden burgués:

La economía capitalista se encuentra en un punto muerto. Las fuerzas productivas no pueden desarrollarse más en el marco del régimen capitalista (...) La nueva clase ascendente, la clase de los verdaderos productores, debe, de acuerdo a las leyes del desarrollo económico, tomar en sus manos el aparato de producción y crear las nuevas formas económicas. Solamente así se podrá dar su desarrollo máximo a las fuerzas productivas a las que la anarquía de la producción capitalista impide dar todo el rendimiento del que son capaces¹³.

Por su parte, Trotsky, en el *Programa de transición* aprobado en la constitución de la Cuarta Internacional en septiembre de 1938, plantea expresamente que “*las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer*”. Afirmar que han dejado de crecer no equivale a sostener que vaya a producirse una deriva gradual de declive de la acumulación capitalista, lo que chocaría con el análisis dialéctico y la propia culminación teórica de *El Capital*, la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia. El supuesto determinismo económico del que a menudo se acusa al marxismo no se corresponde con el contenido real de este método de análisis, que no establece de forma indiscutible lo que va a suceder (una caída regular y sostenida de la rentabilidad que haga implosionar el capitalismo), pero sí lo que en modo alguno puede suceder (que el capitalismo pueda impulsar ilimitadamente nuevos procesos de desarrollo de las fuerzas productivas).

De hecho, el propio Trotsky habla de flujos y reflujos para describir el comportamiento de la acumulación capitalista encuadrada históricamente en su período imperialista. Como explica Gill (1979: 372-373),

la tendencia general del capitalismo en la época de su declive, la del bloqueo de las fuerzas productivas, que caracteriza el régimen “*a escala de una época entera*”, no elimina con todo los rasgos específicos de tal situación, las variaciones coyunturales, las condiciones particulares de tal o cual sector o de tal país, en suma las condiciones reales en el interior de las cuales se desarrolla el combate de clase. Por el contrario, estos rasgos particulares, locales, temporales, estos flujos y reflujos, no cambian el sentido de la tendencia general, ni por consiguiente las perspectivas estratégicas que de ella se desprenden.

Es el mismo fenómeno que también describía Lenin:

Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de estas tendencias (...). En cuanto a Estados Unidos, el desarrollo económico ha sido durante estos últimos decenios más rápido aún que en Alemania, y, precisamente *gracias* a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo resaltan con particular relieve (...) De todo lo que llevamos dicho sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante (Lenin, 1916: 496-498).

En efecto, es perfectamente compatible formular la existencia de límites estrictos para el desarrollo de las fuerzas productivas del modo de producción capitalista y, a la vez, defender la posibilidad de los mencionados flujos y

¹³ IC (1921); “Tesis para la propaganda entre las mujeres”, *Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste*, pág. 143.

reflujos que, por tanto, incluyen fases de crecimiento de la producción en la trayectoria real de la acumulación capitalista. La clave radica en la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia (que *de facto* es la conclusión de *El capital*), que aporta la base para comprender dos claves decisivas: por una parte, que la presión creciente contra la rentabilidad supone finalmente límites infranqueables para el desarrollo de las fuerzas productivas; y por otra parte que, simultáneamente, su carácter tendencial es el marco en el que existen vaivenes e irregularidades. Es decir, el bloqueo al desarrollo de las fuerzas productivas y la existencia de fases de crecimiento y fases de crisis no sólo son dos “fenómenos” compatibles, sino que resultan complementarios, porque el bloqueo mencionado, que establece el marco general de la acumulación capitalista en el estadio imperialista, provoca una huida hacia delante que se expresa en vaivenes en el ritmo de acumulación. Vaivenes que, desde luego, junto a las crisis (reflujos) se expresan también en episodios de crecimiento (flujos). Pero no de una forma necesariamente cíclica.

Si desde el punto de vista teórico el planteamiento de Marx en *El Capital* niega toda posibilidad de que el proceso de acumulación capitalista se reproduzca ampliamente de una forma ilimitada, al estar constreñido por el descenso tendencial de la tasa de ganancia (tasa que constituye su único estímulo), en términos empíricos la perspectiva actual refrenda inequívocamente tal imposibilidad. En efecto, tras más de cuarenta años transcurridos desde 1971, por señalar una fecha especialmente simbólica (derogación del patrón dólar-oro), no se ha materializado siquiera un atisbo real de despliegue de la acumulación capitalista, que realmente tuviera visos reales de mantenimiento en el tiempo y extensión en el espacio.

No es sólo eso. La crisis actual, la devastación económica que provoca de forma directa y la propia respuesta del capital ante ella, espoleando de una manera exponencial la destrucción de fuerzas productivas en todos los planos, muestran de una manera palpable la ausencia de fundamento para avalar la tesis de un posible redespiegue capitalista que relance el desarrollo de las fuerzas productivas. La experiencia reciente en los países de Europa occidental, región mundial donde más lejos se había ido históricamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, es tajante¹⁴: previamente al estallido de la crisis ya estaba en marcha un proceso destructivo, que suponía el desmantelamiento de sectores productivos completos y, sobre todo, una desvalorización creciente de la fuerza de trabajo.

Así como el capital tiene una tendencia a *aumentar desmesuradamente las fuerzas productivas*, limita, hace unilateral, etc., a *la principal fuerza productiva, el hombre* mismo; en suma tiene la tendencia a limitar las fuerzas productivas (Marx, 1857-58, I: 376).

Esta destrucción del principal componente de las fuerzas productivas, la fuerza de trabajo, es una exigencia de la acumulación capitalista llegada al punto actual de su trayectoria histórica. La constatación de este hecho es lo que justifica esta ponencia: la desvalorización de la fuerza de trabajo ha presidido la política económica durante las últimas tres décadas y media (las políticas de ajuste permanente fondomonetarista), cuyo contenido esencial es

¹⁴ Véase Arrizabalo (2014a: 625-650).

precisamente éste: el abaratamiento de la mercancía fuerza de trabajo. De la venta de esta mercancía vive la inmensa mayor parte de la población mundial (y cada vez más porque la tasa de proletarización o asalarización no deja de aumentar¹⁵) y, por tanto, de su precio (vinculado directamente a su valor), dependen sus condiciones de vida. Su empobrecimiento relativo es una exigencia del proceso de acumulación, que se expresa a través del aumento de la tasa de plusvalía, de la explotación. Pero lo que está planteado ahora mismo no es ya ese empobrecimiento relativo, sino un empobrecimiento absoluto, expresión final de la destrucción de fuerzas productivas a la que cada vez con más fuerza desembocan las políticas y actuaciones del capital y sus instituciones.

En efecto, en el plano de la política económica, el ajuste que se impone sistemáticamente desde los primeros ochenta, tratando de responder a la crisis de los setenta, es el marco en el que se desenvuelve una acumulación capitalista que acaba desembocando en una nueva crisis y de un calado mucho mayor: la actual. Y ante la cual la única respuesta por parte del capital es intensificar esa misma orientación, que se trata de extender especialmente en aquellos países en los que históricamente la clase trabajadora ha desplegado sus bastiones más potentes, en particular en Europa. Y las instituciones del capital desplegadas en esta región, que es referente a escala mundial, ya no es sólo que no puedan negarlo, sino que lo explicitan cada vez más abiertamente:

[En Grecia], los salarios en el sector empresarial se han reducido en los últimos trimestres recientes, pero a un ritmo insuficiente para ayudar a recuperar competitividad, también debido a la continuación de la moderación salarial en los principales socios comerciales de Grecia (...) Sin embargo, se espera que las recientes medidas en el mercado de trabajo contribuyan a mayores reducciones en los costes laborales durante los dos próximos años (...) [En España], la reciente reforma del mercado de trabajo permite a las empresas mayor flexibilidad para ajustar salario y empleo a su situación económica específica (...) Se espera que el aumento salarial sea moderado y que, en combinación con la continuidad del fuerte crecimiento de la productividad del trabajo previsto, reduzca aún más los CLU [costes laborales unitarios]. Se espera que el diferencial de inflación con la zona euro sea negativo, dando lugar a una cierta mejora en la competitividad de precios¹⁶.

Son nuevas pruebas de la necesidad acrecentada de una desvalorización de la fuerza de trabajo que impugna las condiciones de vida de la clase obrera y constituye, asimismo, la expresión máxima de la destrucción de fuerzas productivas. Su extensión en el tiempo, mucho más allá del corto y del medio plazo, abunda en invalidar las pretensiones de que el recorrido de la acumulación capitalista en el largo plazo obedece a un comportamiento cíclico.

3. Posibilidad teórica y necesidad histórica de la destrucción de fuerzas productivas

La categoría teórica fuerzas productivas ocupa el lugar central en el análisis del devenir histórico de las sociedades. Cuando se habla de “desarrollo” (o de “desarrollo económico” o “desarrollo económico y social”), asociado a un

¹⁵ Guerrero, Diego (1999); *La explotación: Trabajo y capital en España (1954-2001)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006, págs. 62-65.

¹⁶ Comisión Europea (2012); “European Economic Forecast. Spring 2012”, *Commission Staff Working Document*, Directorate-General for Economic and Financial Affairs, Bruselas, págs. 71 y 74.

cambio estructural global que se traduce en una mejora sostenida de las condiciones de vida del conjunto de la población, entonces se está hablando de desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso el contenido de las fuerzas productivas no consiste simplemente en el potencial productivo de una sociedad, expresado en la productividad que se puede obtener de la fuerza de trabajo, de acuerdo a su cualificación y a la disponibilidad de medios de producción con determinado grado de progreso técnico. Va mucho más allá, porque incluye su utilización efectiva en términos precisamente de las condiciones de vida de la población.

Por eso, tal y como se ha explicado previamente, las fuerzas productivas no son reducibles a un concepto más o un indicador más, definible con “criterios objetivos precisos”, que simplemente remita a la dimensión material de los medios de producción y la fuerza de trabajo. Esta concepción puramente “tecnologista” de las fuerzas productivas, como si simplemente fueran la suma de meros objetos o cosas cuantificables de una forma directa, es contraria al planteamiento marxista¹⁷:

El análisis marxista no puede ignorar que ninguna categoría económica o social puede reducirse a sus aspectos cuantitativos; que sus aspectos cualitativos son por el contrario determinantes, porque es solamente en ellos donde aparece su carácter contradictorio, la contradicción que funda esta categoría particular y la pone en movimiento. El análisis marxista no parte por tanto de los resultados de ningún análisis estadístico como lo que constituye la realidad empírica de la sociedad, los “datos de hecho” (Boisgontier, 1971: 247).

La realidad social sólo es comprensible a la luz de un análisis dialéctico, porque su contenido es contradictorio y cambiante, porque no hay relaciones lineales y unívocas entre los hechos que la componen:

El [análisis marxista] procede de las relaciones sociales de producción para analizar la categoría social particular de la que se trata, de la contradicción fundamental del capitalismo para conducir a una de sus determinaciones específicas por la abstracción; solamente reconstruyendo la totalidad concreta que quiere estudiar, ahora comprendida, esclarecida por el análisis dialéctico, él utilizará los datos cuantitativos de los estadísticos para ilustrar los resultados a los que él ya ha llegado. Porque, de nuevo, el método estadístico no es neutro –procede de la transformación de las relaciones sociales en cosas, en magnitudes medibles vaciadas de su carácter contradictorio (Boisgontier, 1971: 247)¹⁸.

Y esto, que es así con carácter general, para los distintos fenómenos sociales, lo es aún más claramente para las fuerzas productivas, por el mencionado lugar central que ocupan para la explicación de la reproducción de las sociedades en el tiempo:

Estas consideraciones generales se imponen particularmente cuando se trata de la categoría a la vez social, económica e histórica de las fuerzas productivas, en la que se encuentran implicadas de forma esencial las relaciones más profundas entre el hombre y la naturaleza, y de los hombres entre ellos, en su actividad productiva (Boisgontier, 1971: 247).

¹⁷ Boisgontier (1971: 245-248).

¹⁸ Tanto Marx como Engels se desmarcaban de toda pretensión de conceptos o definiciones cerrados. Por ejemplo Marx en el libro II de *El Capital* (1885: 274): “No se trata aquí de definiciones bajo las cuales se subsumen las cosas. Se trata de funciones determinadas que se expresan en categorías determinadas”. Y Engels en el prólogo al libro III de *El Capital* (Engels en Marx, 1894: 16): “(...) observaciones [que] (...) se basan en el equívoco de que Marx pretende definir cuando desarrolla, y de que, en general, deberían buscarse en Marx definiciones acabadas, válidas de una vez y para siempre. Se sobrentiende que cuando no se conciben las cosas y sus relaciones recíprocas como fijas, sino como variables, también sus reflejos en la mente –los conceptos- se hallan igualmente sometidos a modificación y renovación, que no se los enclaustra en definiciones rígidas, sino que se los desarrolla dentro de su proceso de formación histórico o lógico, respectivamente”.

Esta caracterización de las fuerzas productivas explica porque no pueden limitarse a un indicador meramente técnico:

Las fuerzas productivas no se reducen, no se dejan reducir, aplanar en magnitudes medibles, conjunto de máquinas, de materias primas o auxiliares y de fuerzas de trabajo simples o cualificadas. No constituyen un conjunto tecnológico (aunque presenten, como los valores de uso, un lado, un aspecto medible por los métodos de la ciencia de la naturaleza o de la tecnología) (...) las fuerzas productivas incluyen (...) elementos medibles por la tecnología o las ciencias aplicadas (el rendimiento de un motor, la cantidad de energía de la que dispone cada trabajador, etc.), pero no se aplanan en absoluto, no se dejan reducir a estos elementos cuantitativos, que proporcionan indicaciones en cuanto a su crecimiento, pero no pueden ser suficientes en ningún caso para apreciarlo (Boisgontier, 1971: 253-254 y 256).

Precisamente por esto se ha planteado que la cuestión de las fuerzas productivas, como cuestión social que es, no se puede abordar desligadamente de las relaciones de producción, ya que ambas están indisolublemente relacionadas:

El método marxista (...) considera las fuerzas productivas en la sociedad burguesa no como simples objetos materiales medibles con la ayuda de técnicas estadísticas, sino como una categoría económica y social, expresión de una *relación social* que implica a clases opuestas, en la que se manifiesta la contradicción entre el carácter cada vez más social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los medios de producción (Gill, 1979: 375).

No ocurre así con las “concepciones tecnologistas” de las fuerzas productivas. Con ellas sucede como con cualquier otra formulación teórica: no puede descontextualizarse del marco general político en el que se encuadra. En mayor medida tratándose de las fuerzas productivas, al referirse éstas a una cuestión que está en el centro de todo debate acerca de las perspectivas del capitalismo. Y por tanto, en el centro de todo debate acerca de la viabilidad y el alcance de otras formas posibles de conducción de la política económica más allá del corto plazo, dado que las fuerzas productivas remiten en última instancia no a las posibilidades materiales *per se*, sino a su materialización efectiva en una mejora sostenida de las condiciones de vida de la población.

Estas “concepciones tecnologistas” no son compatibles con el marco teórico y político del marxismo, en el que no puede incrustarse la idealista expectativa de que siempre hay posibilidades de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas en el capitalismo. En efecto, el planteamiento marxista es inequívoco respecto a los límites históricos de la acumulación capitalista por su carácter inevitablemente contradictorio...

A partir de cierto momento el desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto la relación del capital se torna en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. El capital, es decir el trabajo asalariado, llegado a este punto entra en la misma relación con el desarrollo de la riqueza social y de las fuerzas productivas que el sistema corporativo, la servidumbre de la gleba y la esclavitud, y, en su calidad de traba, se le elimina necesariamente (...) En agudas contradicciones, crisis, convulsiones, se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes. La violenta aniquilación del capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición de su autoconservación, es la forma más contundente en que se le da el consejo de que se vaya y deje lugar a un estadio superior de producción social (Marx, 1857-58, II: 282)

El carácter limitado de la acumulación capitalista se muestra con más claridad en las crisis:

En las crisis estalla violentamente la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista. Queda momentáneamente parada la circulación de mercancías; el dinero se convierte de medio de circulación en un obstáculo para ella; se vuelven del revés todas las leyes de la producción y la circulación de mercancías. La colisión económica ha llegado a su punto culminante: *el modo de producción se rebela contra el modo de cambio, las fuerzas productivas se levantan contra el modo de producción del que han nacido* (Engels, 1877-1878: 243-244).

Se trata por tanto de la contradicción consustancial al modo de producción capitalista que, causante él mismo de sus propios problemas, se revela incapaz de canalizar las posibilidades incubadas por su actividad:

Todo el mecanismo del modo capitalista de producción falla bajo la presión de las fuerzas productivas que él mismo ha engendrado. Ya no puede convertir en capital toda esta masa de medios de producción; se quedan ociosos, razón por la cual se queda ocioso también el ejército industrial de reserva. Existen de sobra medios de producción, medios de vida, obreros disponibles, todos los elementos de la producción y la riqueza en general. Pero "la plétora se convierte en fuente de miseria y riqueza" (Fourier), pues es precisamente la plétora la que impide que los medios de producción y de vida se conviertan en capital (ibídem: 244).

El conflicto se plantea por tanto en el corazón mismo del capitalismo, al convertirse sus relaciones de producción en el obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, que ya sólo será posible mediante la superación de dichas relaciones de producción:

En efecto, los medios de producción, en la sociedad capitalista, no pueden entrar en acción a menos que previamente se hayan convertido en capital, en medio para explotar la fuerza humana de trabajo. La necesidad de que los medios de producción y de vida adquieran la cualidad de capital se interpone como un espectro entre ellos y los trabajadores. Es ella y solamente ella la que impide que se ensambren la palanca material y la palanca personal de la producción, únicamente ella la que prohíbe a los medios de producción funcionar y a los trabajadores trabajar y vivir (...) estas mismas fuerzas productivas apremian con fuerza cada vez mayor a que se suprima la contradicción, a que se les libere de su condición de capital, a *que se reconozca efectivamente su carácter de fuerzas productivas sociales* (ibídem: 244).

En definitiva, las fuerzas productivas escapan del control de la clase dominante, provocando que la sociedad en su conjunto se encamine hacia una suerte de huida hacia delante:

Una clase que posee el monopolio de todos los instrumentos de producción y medios de vida, pero demostrando en cada período de crisis y en cada desastre consiguiente que es incapaz de seguir dominando las fuerzas de producción que han escapado ya a su poder; una clase bajo cuya dirección la sociedad marcha hacia la ruina como una locomotora cuya válvula de seguridad bloqueada es el maquinista demasiado débil para abrirla. Dicho en otras palabras: proviene del hecho de que tanto las fuerzas productivas engendradas por el moderno sistema capitalista de producción como el sistema de distribución creado por él se hallan en flagrante contradicción con el mismo sistema de producción hasta tal punto que es indispensable transformar el modo de producción y de distribución para que se eliminen todas las diferencias de clases, si no queremos que se estrelle toda la moderna sociedad (ibídem: 138).

Sobre la categoría teórica de las fuerzas productivas se ha sembrado una gran confusión. Interesadamente, porque es la piedra angular sobre la que se pueden analizar seriamente las perspectivas del capitalismo y, por tanto, las implicaciones políticas son directas y cabe decir que implacables. Conviene recalcar por ello que el crecimiento económico, tal como se define convencionalmente, es decir, en términos de aumento de la producción, no es

sinónimo de desarrollo de las fuerzas productivas. Tampoco lo es, como se ha explicado ya, el aumento de la productividad:

El método marxista, contrariamente al método cuantitativista o positivista (...) considera las fuerzas productivas en la sociedad burguesa no como simples objetos materiales medibles con la ayuda de técnicas estadísticas, sino como una categoría económica y social, expresión de una *relación social* que implica a clases opuestas, en la que se manifiesta la contradicción entre el carácter cada vez más social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los medios de producción (Gill, 1979: 375).

Precisamente porque no se puede obviar este carácter social y contradictorio de la cuestión de las fuerzas productivas, es necesario un análisis “cualitativo” que permita efectivamente evaluar el contenido de cualquier proceso de crecimiento económico, más allá de la constatación de su dimensión meramente cuantitativa en términos de aumento del valor de la producción. Si no,

haciendo abstracción de las relaciones entre el hombre y la naturaleza y de las relaciones de los hombres entre ellos, el método cuantitativista que mide de una manera aparentemente científica las fuerzas productivas en función de “criterios objetivos precisos”, conduce a poner en pie de igualdad gastos de naturaleza completamente diferente, como los gastos de armamento y los gastos sociales, es decir gastos cuya orientación, dirección, se oponen desde el punto de vista de la aportación que proporcionan al progreso de la humanidad o por el contrario a su regresión (Gill, 1979: 377-378).

En realidad, no es sólo que no haya ninguna garantía de que el aumento de las posibilidades materiales de la sociedad (gracias a los avances científicos y técnicos, basados a su vez en la mejor cualificación de la mano de obra), redunden en una mejora de las condiciones de vida del conjunto de la población (en concreto de su fracción muy ampliamente mayoritaria que vive de su trabajo, la clase trabajadora), sino que más bien es al revés: las exigencias del proceso de acumulación lo impiden cada vez más, provocando que las posibilidades genéricas de desarrollo de fuerzas productivas se transmuten, *de facto* y de una forma cada vez más aguda, en fuerzas destructivas. Ya a mediados del siglo XIX, concretamente en 1845-46, Marx y Engels hablaban de “fuerzas de destrucción” por oposición a “fuerzas productivas”:

En el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, que no son ya tales fuerzas de producción, sino más bien fuerzas de destrucción (...) y, lo que se halla íntimamente relacionado con ello, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, que se ve expulsada de la sociedad y obligada a colocarse en la más resuelta contraposición a todas las demás clases; una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad (...)¹⁹.

La desvirtuación de la categoría teórica de fuerzas productivas hunde sus raíces en la no consideración de la relación entre valores de cambio y valores de uso, que es una relación dialéctica. Resulta indudable que, desde el punto de vista de la acumulación del capital, lo que importa son los valores de cambio. Por eso, el terreno de análisis de la crítica de la economía política, de la sociedad regida por las leyes de la acumulación capitalista, es el de los valores de cambio. Pero la cuestión de las fuerzas productivas no puede constreñirse al terreno de la sociedad históricamente acotada que es la

¹⁹ Marx, Karl y Engels, Friedrich (1845-46); *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos y Cartago, Buenos Aires, 1985, pág. 81.

capitalista, sino que remite a un nivel más amplio: el de la historia de las sociedades, el de la trayectoria de la sociedad humana y, por tanto, ha de considerarse el plano de los valores de uso. Porque los valores de uso siempre están “debajo” de los valores de cambio (“*el trigo no alimenta por ser capital, sino porque es trigo*²⁰”).

Un ejemplo de este imperativo de considerar el trasfondo de los valores de uso se halla en los esquemas de reproducción del libro II de *El Capital*. El fundamento de dichos esquemas radica en la necesidad de que la producción final de un período, de determinada magnitud en valor, contenga en cierta proporción los valores de uso que permitan efectivamente llevar a cabo la reproducción de los elementos consumidos y su eventual ampliación. O dicho más gráficamente, para reproducir la fuerza de trabajo hacen falta las mercancías tras las que subyacen los valores de uso que son bienes de consumo (alimentos, ropa, vivienda). Para renovar los medios de producción, se requieren las mercancías cuyos valores de uso que “están detrás” son los bienes de producción (maquinaria, herramientas).

Por tanto, la acumulación no es solamente una cuestión de sustitución y aumento del *valor*. Es igualmente una cuestión de sustitución y aumento de la base material de este valor, es decir del valor de uso (...) El rechazo a tener en cuenta el valor de uso y las relaciones sociales al evaluar las fuerzas productivas, rompiendo la unidad dialéctica de la mercancía (valor de uso – valor de cambio) y del modo de producción (fuerzas productivas – relaciones sociales), conduce a una *reducción de la economía al rango de la econometría y de la estadística* (Gill, 1979: 381-382).

Otro ejemplo de la siempre necesaria presencia subyacente de los valores de uso tras los valores, es la forma como Marx (1867, III: 760) explica la composición orgánica del capital:

(...) todo capital se divide en medios de producción y fuerza viva de trabajo, composición que se determina por la proporción existente entre la masa de los medios de producción empleados, por una parte, y la cantidad de trabajo requerida para su empleo, por el otro. Denomino a la primera, *composición de valor*, a la segunda, *composición técnica del capital*. Entre ambas existe una estrecha correlación. Para expresarla, denomino a la composición de valor del capital, en tanto se determina por la composición técnica del mismo y refleja las variaciones de ésta, *composición orgánica* del capital.

Dejar de lado el trasfondo de los valores de uso supone renunciar al significado de la dualidad valor-de-cambio/valor-de-uso, como base de toda la formulación teórica que permite la comprensión de la acumulación capitalista:

El método de Marx, para quien el “punto decisivo” de la economía política es el desdoblamiento del trabajo humano en trabajo abstracto, productor de valores de cambio, y trabajo concreto, productor de valores de uso (...) El valor de uso –como las fuerzas productivas– presenta tales efectos medibles. El error objetivista, o incluso positivista, “tecnologista”, de Weber y Mandel es ver solamente en las fuerzas productivas (y también, por tanto, en el valor de uso, a este respecto comparable) este lado, olvidar completamente que son relaciones sociales, entre hombres, porque son los órganos artificiales de los que se dota la humanidad en y por su relación fundamental con la naturaleza, el trabajo, la actividad productiva destinada a satisfacer sus necesidades y que esta actividad colectiva implica una relación social, una relación entre los hombres en una sociedad dada, en la que se inserta necesariamente, como una relación social específica, en la forma de sociedad en la que se manifiesta (Boisgontier, 1971: 250).

De manera que aislar ambas dimensiones, desconectarlas, lleva inevitablemente a hacer del análisis económico una caricatura:

²⁰ Marx (1905-1910: 235).

romper esta unidad suprimiendo uno de sus términos, es, si sólo se conserva el valor de cambio, degradar la economía a econometría, que cree traducir en estadísticas toda la realidad social, y en consecuencia degradar el valor de cambio, relación social, a una simple medida técnica de productividad; es, si sólo se conserva el valor de uso, reducir la economía a la tecnología, a las ciencias aplicadas, y el valor de uso mismo, relación social, a un conjunto de propiedades empíricamente constatables y medibles (ibídem: 250).

Porque en ambos planos se expresa la relación social y las contradicciones que supone en el capitalismo. Tanto en el plano de los valores de uso...

Oponiendo la satisfacción de las necesidades de la sociedad humana a la indiferencia del capital sobre la naturaleza particular de la mercancía producida por él y a sus efectos útiles o perjudiciales, siempre que se venda, de donde viene su indiferencia respecto a la producción de medios de destrucción, al deterioro del medio natural, al agotamiento anárquico de los recursos de materias primas, etc. (...) (ibídem: 250).

...como en el plano de los valores de cambio:

como vemos, la tendencia del capital a incorporar siempre más valor, por tanto a apropiarse de una masa siempre mayor de plus trabajo gratuito, tiende a negarse a ella misma (ibídem: 250).

Marx critica a Ricardo en las *Teorías sobre la plusvalía*, recalcando la importancia económica de los valores de uso:

cuando se considera la plusvalía en cuanto tal, es indiferente la forma natural de producto, y, por tanto, del plusproducto. En cambio, es importante al considerar el proceso real de reproducción, en parte para poder comprender las formas que adopta y, en parte, la influencia que la producción de artículos de lujo, etc. ejerce sobre la reproducción. Un ejemplo más de cómo el *valor de uso* en cuanto tal cobra importancia económica (Marx, 1905-1910: 224).

En definitiva, conviene recalcar lo ya explicado en el primer apartado en cuanto a que la cuestión de las fuerzas productivas no es desligable de la cuestión de las relaciones de producción, contra todo esquematismo artificial como la formulación de Stalin de una supuesta "*correspondencia necesaria de las relaciones sociales y las fuerzas productivas*" ya que:

Transformadas así en cosas opuestas, en una relación congelada de "correspondencia necesaria", las fuerzas productivas serán estudiadas por las ciencias aplicadas, las relaciones sociales por las "ciencias" humanas. Relaciones sociales y fuerzas productivas se convierten así en "estructuras" irreducibles una a otra en el estructuralista Godelier, discípulo de Althusser (Boisgontier, 1971: 252).

La referencia a las relaciones capitalistas de producción constituye una "llamada al orden" de la realidad, por cuanto no se pueden considerar las fuerzas productivas desconectadamente de ellas, es decir, ahistóricamente. La plasmación histórica de las exigencias de estas relaciones de producción, las capitalistas, es que se configuran *de facto* como una suerte de corsé que impide las hipotéticas posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas. En efecto, estas posibilidades hipotéticas chocan cada vez más frontalmente con la realidad de la "rentabilidad a cualquier precio" exigida por la acumulación capitalista. Hasta el punto de que precisamente ese precio comienza a ser, cada vez en mayor medida, la destrucción de fuerzas productivas, consagrando así un acelerado aumento de la distancia existente entre posibilidades y realidad:

Las fuerzas productivas están atenazadas en el antagonismo entre su naturaleza de instrumento del trabajo concreto al servicio de las necesidades de la humanidad y su forma de capital productivo sediento de plusvalía. Ellas tienden a amputarse su propio excedente, inutilizable para su valorización en tanto que capital productivo. Están contaminadas por el parasitismo y la putrefacción del modo de producción en el marco del cual funcionan: tienden a negarse a ellas mismas, a transformarse en fuerzas destructivas; “órganos de ejecución de la voluntad del hombre en la naturaleza”, “órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre”, se dirigen contra su creador y le amenazan de extinción. Desde el ángulo particular bajo el que están incluidas en la tecnología y son medibles, ya no se miden solamente en megavatios, sino en megatones, y finalmente en megamuertos (Boisgontier, 1971: 257).

Es decir, se trata de que en el marco de las tensiones entre las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción, el agotamiento histórico del carácter progresivo del régimen basado en éstas, implica consecuencias negativas directas sobre aquellas, tal y como ya habían planteado Marx y Engels...

[La gran industria cuyo] desarrollo engendró una masa de fuerzas productivas que encontraban en la propiedad privada una traba entorpecedora, como los gremios lo habían sido para la manufactura y la pequeña explotación agrícola para los avances del artesanado. Estas fuerzas productivas, bajo el régimen de la propiedad privada, sólo experimentan un desarrollo unilateral, se convierten para la mayoría en fuerzas destructivas y gran cantidad de ellas ni siquiera pueden llegar a aplicarse, con la propiedad privada (Marx y Engels, 1845-46: 69).

...y como hoy se aprecia de forma cada vez más aguda. En efecto, la expresión de este agotamiento histórico se muestra a lo largo de todo el siglo XX, con las crisis, las guerras, etc. y, también con la entronización de sectores como el armamentista cuya producción no puede ser considerada como valores de uso que expresan trabajo útil y, por tanto, no puede ser considerada como un “indicador” de desarrollo de las fuerzas productivas:

Para Marx, en todo caso, está claro que la producción de formidables medios de destrucción no habría podido ser considerada como una manifestación entre otras del trabajo útil, “condición indispensable de la existencia del hombre” (Boisgontier, 1971: 255).

4. La secuencia destructiva crisis→ajuste→crisis, constatación de la inevitable huída hacia delante del capitalismo

Enlazando directamente con el cierre del apartado anterior, en el período reciente que hemos sintetizado en la secuencia crisis→ajuste→crisis, no solo no hay desarrollo de las fuerzas productivas sino que cada vez más se destruye el valor de su principal componente, la fuerza de trabajo, así como el medio sobre el que ésta actúa, los recursos naturales:

El capitalismo, empujado por el motivo de la ganancia, deteriora en lugar de mejorar las condiciones de vida y trabajo de las masas, ataca conquistas sociales y derechos democráticos, impulsa cada vez más la congestión de las ciudades, la destrucción del medio ambiente y el entorno natural por la contaminación, amenaza de destrucción permanente determinados ciclos ecológicos (Gill, 1979: 386-387).

La clave radica precisamente en que en torno a la fuerza de trabajo, que es el fundamento principal de las fuerzas productivas, no hay dudas: se desvaloriza de forma sistemática a través de la reducción del salario directo pero también del indirecto (enseñanza, sanidad, etc.) y diferido (pensiones), así como de su desocupación (no sólo por desempleo, también por trabajos a tiempo parcial, precarios, etc.). A este respecto es muy significativa la situación en Estados

Unidos, que muestra con claridad que las apelaciones a las posibilidades de la tecnología y toda la retórica correspondiente, no tienen asidero alguno en la realidad. En efecto, la destrucción directa de empleo se dispara, incluso antes de la gran crisis que estalla en 2007-2008:

Desde enero de 2001 hasta enero de 2006 (...) la industria estadounidense perdió 2,9 millones de trabajos, casi un 17% de la fuerza de trabajo industrial (...) Equipos de comunicaciones perdió el 43% de la fuerza de trabajo. Semiconductores y componentes electrónicos perdió el 37% (...) en ordenadores y productos electrónicos, declinó el 30%. Equipos eléctricos y electrodomésticos perdió el 25% de sus empleados (...) en vehículos a motor y piezas declinó el 12%. Muebles y productos relacionados perdió el 17% de sus empleos. Las fábricas de ropa perdieron casi la mitad (...) El empleo en textil declinó un 43%. Papel y productos de papelería perdió una quinta parte (...) plásticos y productos de caucho declinó un 15%. Incluso las fábricas de bebida y tabaco experimentaron una contracción del 7% de los empleos²¹.

Por tanto, no se trata de la crisis sino de algo mucho más profundo: la imposibilidad siquiera de mantener el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas en el marco de las exigencias de la acumulación del capital, que conducen inexorablemente a una auténtica “huída hacia delante”. De modo que incluso los episodios de relativa recuperación muestran la tendencia de fondo a la destrucción de fuerzas productivas. Es el caso, por ejemplo, de la “creación de empleo” en EE.UU desde 2010 que esconde la propia disminución de la población activa:

Estados Unidos está creando empleo desde hace 34 meses (...) Pero algunos datos tienen truco (...) el paro está aún en el 7,4% y gran parte de la caída experimentada en la tasa de desempleo se atribuye a que se contrajo el mercado. Hay 2,2 millones de empleados menos que en 2007 y 13 millones más de personas en edad de trabajar²².

Pero no es sólo eso, sino también otros aspectos como el trabajo a tiempo parcial no deseado:

Hay más cifras engañosas. Si la tasa de actividad, actualmente en el 63,4%, estuviera al nivel previo a la crisis, el paro rondaría el 10%. Si lo que se tiene en cuenta al calcular el desempleo son los 8,2 millones de empleados forzados trabajar a tiempo parcial —donde la hora se paga a unos 15,75 dólares de media (11,8 euros)— y los 2,4 millones apartados del mercado, el subempleo llega al 14%. Por no hablar de los 4,2 millones de parados de larga duración. Hay 5,2 millones de empleos menos a tiempo completo que en 2007, cuando empezó la crisis financiera. Esencialmente, la mitad del empleo creado desde mediados de 2009 es trabajo a tiempo parcial. Lo peor, según los analistas, es que hay 22 millones de trabajadores que quieren un empleo a tiempo pleno y no lo encuentran (ibídem).

Y presidiendo todo, la desvalorización de la fuerza de trabajo. Literalmente: una reducción de su valor.

A esto se le añade el hecho de que las nuevas ocupaciones están por lo general peor remuneradas que antes de la crisis (...) son las ocupaciones peor pagadas las que están detrás el reciente incremento del empleo (...) Esas categorías en julio representaron el 52% de los nuevos contratos. Las protestas por los bajos salarios coinciden con el debate para elevar la paga mínima por hora trabajada en EE UU y que esta se vincule a la evolución del coste de la vida. El presidente Barack Obama propuso a comienzos de año, en el discurso sobre el Estado de la Unión, que subiera a, al menos, 9 dólares (6,75 euros), como una solución para intentar frenar la creciente desigualdad y ayudar a crear una clase media más amplia. Ahora esa paga

²¹ Roberts, Paul Craig (2006); “Nuking the Economy”, *Baltimore Chronicle*, 13 de febrero. Roberts fue Subsecretario del Tesoro durante la presidencia de Reagan y editorialista del Wall Street Journal. De hecho, en este artículo utiliza estos datos para cargar contra la inmigración tortíceramente. Pero tanto estos datos *per se*, como que los presente alguien como él, muestran la imposibilidad de ocultar el grave deterioro económico estadounidense, concretado entre otros ámbitos, en la destrucción de empleo industrial desde mucho antes del estallido de la crisis.

²² Pozzi, Sandro (2013); “EE.UU. se recupera a tiempo parcial”, *El País*, 17 de agosto.

mínima se sitúa en 7,25 dólares (5,40). Con ese sueldo el ingreso anual ronda los 14.500 dólares, muy por debajo a la renta media. “Eso podría marcar la diferencia entre ir al supermercado o a un banco de alimentos”, según Obama (ibídem).

Todo lo cual se expresa socialmente en una polarización cada vez mayor, resultado del desmantelamiento de los elementos de protección:

El mercado laboral ha estado creando mucha más desigualdad en la últimos treinta años, capturando los que más ganan una gran parte del aumento de la productividad macroeconómica. Varios factores pueden ayudar a explicar este aumento de la desigualdad, no sólo los cambios tecnológicos subyacentes sino también la retirada de las instituciones desarrolladas durante el New Deal y la Segunda Guerra Mundial – tales como las políticas fiscales progresivas, los sindicatos poderosos, la prestación social de la salud y las prestaciones de jubilación, y el cambio de las normas sociales relacionadas con la desigualdad de retribuciones²³.

Sin embargo, en el terreno de la propaganda se pretende presentar esta destrucción como una sola cara de la moneda, compensada con la otra cara, la de la “nueva economía” basada en el conocimiento, las nuevas tecnologías, etc. Pero, como en el caso de las mal llamadas “reconversiones industriales” en el caso español, en las que no había otra cara al desmantelamiento industrial, tampoco aquí hay mecanismo compensatorio:

Los trabajos basados en el conocimiento que se suponía que en la “nueva economía” globalizada ocuparían el lugar de los trabajos perdidos en el sector manufacturero, nunca aparecieron. El sector de la información perdió el 17% de sus trabajos, con la fuerza de trabajo de las telecomunicaciones declinando el 25%. Incluso los trabajos perdidos en el comercio mayorista y minorista. A pesar de las nuevas obligaciones contables impuestas por [la Ley] Sarbanes-Oxley, el empleo en contabilidad cayó un 4%. El diseño de sistemas computacionales y actividades relacionadas perdió el 9% de sus empleos. Hoy hay 209.000 menos empleos de gestión y supervisión que hace 5 años (ibídem).

A pesar de estas constataciones, que vienen de muy lejos, en la segunda mitad del siglo XX se desplegaron nuevas formulaciones que, pese a reclamarse formalmente del marxismo, revisaban planteamientos centrales del materialismo histórico en que éste se basa, de acuerdo a lo que acaba de ser explicado acerca del carácter social de las fuerzas productivas. Es el caso del “capitalismo monopolista de Estado” de Paul Boccara y el Partido Comunista Francés, así como del “neocapitalismo” o el “capitalismo tardío” de Ernest Mandel. En ambos casos, la premisa se sitúa en un supuesto nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, asociado esencialmente a una “revolución científico-técnica” en Boccara y a una “tercera revolución industrial” en Mandel. Estas “revoluciones” serían la base de la nueva fase del capitalismo que da nombre a sus teorizaciones. En el planteamiento de Mandel, esta nueva fase se encuadra en su teoría de las ondas largas, de la que ya ha sido argumentada su incompatibilidad con el marxismo²⁴.

Las conclusiones de todo lo abordado son tajantes: la más clara expresión de las contradicciones del capitalismo en la actualidad, la constituye el hecho de que, pese al aumento de la tasa de plusvalía durante los lustros previos a 2007, la masa de plusvalía obtenida es insuficiente para nutrir una tasa de ganancia que estimule la acumulación. La explicación teórica es la ley del capitalismo

²³ Saez, Emmanuel (2013); “Striking it Richer: The Evolution of Top Incomes in the United States (Updated with 2012 preliminary estimates)”, UC Berkeley, 3 de septiembre (disponible en <http://elsa.berkeley.edu/~saez/saez-UStopincomes-2012.pdf>).

²⁴ Véase el apartado “Las tesis revisionistas contemporáneas” en Gill (1979: 391-405).

consistente en el descenso tendencial de dicha tasa (es decir, de la rentabilidad, que es la única posible fuerza motriz para la acumulación en este régimen social):

Es ésta, en todo respecto, la ley más importante de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas. Es, desde el punto de vista histórico, la ley más importante (Marx, 1857-58, II: 281).

En términos históricos, desde hace cien años el desarrollo capitalista provoca una nueva configuración del capital (el capital financiero oligopólico) que se despliega en un nuevo terreno de juego (la economía mundial), cuyo resultado es una tensión cada vez mayor sobre las fuerzas productivas. Es el imperialismo, en el marco del cual las crisis tienen un estatus distinto, más grave, que identificamos con la expresión de “huida hacia delante” de cara a señalar las necesidades crecientes de destrucción para la prosecución de la acumulación capitalista (destrucción que, desde luego, incluye las guerras o la sobreexplotación de los recursos naturales, pero que se concentra especialmente en la desvalorización de la fuerza de trabajo).

El recorrido de la economía mundial desde 1970 se sintetiza en la secuencia crisis→ajuste→crisis. Esta secuencia liga la crisis de los setenta (expresión del agotamiento del período excepcional de la posguerra iniciado en 1945), con la mundialización de la política de ajuste fondomonetarista (como respuesta del capital ante dicha crisis, centrada en el abaratamiento de la fuerza de trabajo). Esta política de ajuste se conecta a su vez con la crisis actual, porque aplicándose con la intención de lograr una suficiente rentabilidad a cualquier precio, de hecho acaba contribuyendo a restringirla y, por tanto a que estalle una nueva crisis y de tanta profundidad como la actual. Esta crisis que, como todas, se presenta en primera instancia como un fenómeno de mercado (en este caso con la forma de burbujas inmobiliarias, financieras, etc.), tiene unas raíces hondas que revelan su carácter histórico vinculado a las dificultades crecientes de valorización del capital.

Ante ella, ante la grave crisis actual, las políticas que se tratan de imponer desde las instituciones del capital pueden ser fácilmente resumidas bajo la fórmula coloquial de “más de lo mismo”. En efecto, su contenido esencial es un mayor cuestionamiento del medio de vida de la inmensa mayor parte de la población mundial, es decir, la clase trabajadora: son los ataques al valor de su fuerza de trabajo. Sus resultados se presentan con formas verdaderamente brutales de destrucción de fuerzas productivas, como indican los ya citados episodios de malnutrición infantil incluso en economías de entre las más avanzadas del mundo como las europeas. Y a la vez son políticas que, por lo antedicho, no podrán resolver los problemas, de modo que también pueden calificarse de “políticas de tierra quemada”.

Un ámbito particular en el que se plasma esta destrucción es la impugnación frontal de la soberanía nacional, único marco en el que toman cuerpo los derechos y garantías democráticos. Los ataques a la soberanía se llevan a cabo a través de distintas vías, especialmente la guerra, pero también la institucionalización de organismos intergubernamentales carentes de toda legitimidad democrática.

Respecto a las guerras que emprende el imperialismo, particularmente el estadounidense, hasta tal punto buscan la destrucción de las naciones, así como el negocio que las propias guerras en sí mismas constituyen, que su objetivo militar llega a ser la propia continuidad en el tiempo de la guerra. Es decir, no se trata ya de imponer un determinado régimen sino de la pura liquidación de las naciones, mientras se obtiene ganancia de la situación bélica:

[En la guerra de Siria] el mantenimiento de una situación de punto muerto debería ser el objetivo de los Estados Unidos. Y el único método posible para lograr esto es armar a los rebeldes cuando parezca que las fuerzas de Assad se encuentran en ascenso y parar el aprovisionamiento de los rebeldes si realmente parece que están ganando²⁵.

El otro medio mencionado para el cuestionamiento incluso de los procedimientos democráticos más elementales, que se requiere para la imposición de las políticas destructivas²⁶, es la construcción de entramados institucionales supraestatales no democráticos²⁷. El establecimiento de la Unión Europea, con su punta de lanza del euro y el BCE, es el mejor ejemplo, por cómo conducen a la negación del marco en el que se institucionalizan históricamente los derechos democráticos y obreros, por los que precisamente Europa se ha convertido históricamente en un referente a escala mundial²⁸.

Vale la pena consignar dos ejemplos concretos: titulares periodísticos como “*el partido que gane las elecciones anticipadas deberá aplicar un plan de ajuste muy duro*”, referido a las legislativas del 5 de junio de 2011 en Portugal, y declaraciones como las del entonces miembro del Comité Ejecutivo del Banco Central Europeo, José Manuel González Páramo: “*se acabó eso de que la política laboral es asunto de cada país*”²⁹. Incluso juristas que defienden el orden constitucional monárquico español, califican la situación como “estado de excepción”:

²⁵ Luttwak, Edward N. (2013); “Keep Syria in a stalemate”, *International Herald Tribune*, 24 de agosto. En la web del Center for Strategic & International Studies, de la que es Asociado Senior, se le presenta como “consultor de la Oficina de la Secretaría de Defensa, del Consejo Nacional de Seguridad, del Departamento de Estado, del Ejército, Marina y Fuerza Aérea de EE.UU. y de gobiernos aliados así como corporaciones internacionales e instituciones financieras” (<http://csis.org/expert/edward-n-luttwak>).

²⁶ Para una explicación de ellas *in extenso*, véase Arrizabalo (2014a: 369-488).

²⁷ El vínculo entre las políticas destructivas en las economías avanzadas y las guerras en otras regiones fue uno de los ejes de la Conferencia Internacional de Urgencia “Contra las guerras de ocupación, contra la injerencia en los asuntos internos de los países, en defensa de la integridad y la soberanía de las naciones”, celebrada en Argel del 10 al 12 de diciembre de 2011, como se refleja en su declaración final, conocida como Manifiesto de Argel: “*Nos oponemos a toda intervención militar extranjera en cualquier parte del mundo (...) con o sin el aval de la ONU (...) Hay una situación de urgencia, cuando las mismas potencias imperialistas, y las instituciones internacionales desencadenan una guerra social en Europa y Estados Unidos, mediante planes de rigor asesinos, para salvar a los especuladores, los bancos y los seguros privados. Hay una situación de urgencia cuando las grandes potencias erigen la injerencia en los asuntos de los países en el sistema mundial, arrogándose el derecho de disponer de la suerte de las naciones y los pueblos (...) Rechazamos que se nieguen las realizaciones de la civilización humana, de la que la existencia de las naciones es una condición para la democracia*”.

²⁸ El vínculo entre las políticas destructivas en las economías avanzadas y las guerras en otras regiones fue uno de los ejes de la Conferencia Internacional de Urgencia “Contra las guerras de ocupación, contra la injerencia en los asuntos internos de los países, en defensa de la integridad y la soberanía de las naciones”, celebrada en Argel del 10 al 12 de diciembre de 2011, como se refleja en su declaración final, conocida como Manifiesto de Argel: “*Nos oponemos a toda intervención militar extranjera en cualquier parte del mundo (...) con o sin el aval de la ONU (...) Hay una situación de urgencia, cuando las mismas potencias imperialistas, y las instituciones internacionales desencadenan una guerra social en Europa y Estados Unidos, mediante planes de rigor asesinos, para salvar a los especuladores, los bancos y los seguros privados. Hay una situación de urgencia cuando las grandes potencias erigen la injerencia en los asuntos de los países en el sistema mundial, arrogándose el derecho de disponer de la suerte de las naciones y los pueblos (...) Rechazamos que se nieguen las realizaciones de la civilización humana, de la que la existencia de las naciones es una condición para la democracia*”. Véase Arrizabalo (2014a: 625-650).

²⁹ *El País*, 27 de marzo de 2011, suplemento “Negocios”, pág. 4, y *Agencia EFE*, Berlín, 8 de abril de 2010.

estamos en buena parte de los países de la Unión Europea ante un estado de excepción, es decir, ante la suspensión *de facto* de la vigencia del principio de legitimación democrática del poder. En teoría, el principio de legitimación democrática sigue presidiendo la vida del sistema político, pero en la práctica no se respeta. Ocurrió en Grecia cuando Papandreu quiso someter a referéndum la aceptación de las condiciones del rescate aprobadas por la Comisión Europea. Ocurrió también con la designación de Monti como presidente del Gobierno en Italia. Está ocurriendo en todas las vicisitudes por las que está atravesando Portugal. Está volviendo a ocurrir en Italia tras el resultado de las últimas elecciones. Y llevamos instalados en ese estado de excepción en España desde el 20 de noviembre de 2011³⁰.

Los graves problemas económicos y su corolario social saltan inevitablemente al terreno político. La propia OCDE constata los riesgos:

La economía mundial está confrontada a la peor recesión del período posbélico y el desempleo alcanza cifras sin precedentes en muchos países. Los gobiernos están interviniendo para evitar que la crisis financiera y económica se convierta en una crisis social total, calamitosa para los trabajadores vulnerables y los hogares de renta baja³¹.

Particularizándolo para el caso griego ante las elecciones del 6 de mayo de 2012, el banco suizo UBS elabora un informe cuyo título es muy elocuente habla de estar preocupados, muy preocupados. El motivo de preocupación son las graves dificultades políticas para aplicar sus políticas:

Un factor principal de riesgo es el panorama político tras las elecciones griegas de este domingo. De acuerdo a sondeos de opinión recientes, el apoyo a los partidos políticos en Grecia se ha fragmentado significativamente en los últimos seis meses aproximadamente, con votantes que parecen haber movido su apoyo de los dos grandes partidos –centroderecha Nueva Democracia (ND) y centro izquierda PASOK- a favor de pequeños partidos. Muchos de éstos abogan por la renegociación de los acuerdos con los acreedores del sector público, un rechazo de las medidas de austeridad, o incluso abandonar el euro en su conjunto³².

No podía ser de otra forma: las costuras del “orden” vigente comienzan a ceder por doquier debido a la presión social, alimentada por la regresión que inevitablemente provocan las políticas aplicadas atendiendo a las exigencias del capital. Es el caso de algunas naciones latinoamericanas, en las que se ha revertido en gran medida la situación para imponer políticas a contracorriente de las fondomonetaristas. Es el caso asimismo de los procesos revolucionarios en curso en el Norte de África, especialmente desde enero de 2011. Es asimismo la situación en Palestina y todo Oriente Próximo, más lejos que nunca de poder cerrarse de una forma acorde a los intereses del imperialismo estadounidense en la región. Son también las movilizaciones en toda Europa ante las imposiciones de la troika, supuesto triunvirato integrado por la Comisión Europea, el BCE y el FMI, que en realidad camufla la presencia directa de este último tomando directamente las riendas de la política económica en economías europeas (y refrendando que puede haber ajuste sin euro, pero lo que en ningún caso puede ocurrir es euro sin ajuste, porque su razón de ser es precisamente la subordinación de la política económica a las directrices del FMI, expresión institucional de la hegemonía mundial del capital

³⁰ Pérez Royo, Javier (2013); “Estado de excepción”, *El País*, 27 de abril. En el mismo artículo, este autor defiende sin embargo que el acceso de Rajoy a la presidencia del gobierno se realizó “en unas condiciones de legitimidad indiscutibles”.

³¹ OCDE (2009); “Faire face à la crise de l’emploi”, *Perspectives de l’emploi 2009*, París, pág. 111.

³² UBS Investments Research (2012); “Greek elections: Be worried, be very worried”, *European Economic Focus*, 2 de mayo, pág. 5 (el título es “Elecciones griegas: estar preocupados, muy preocupados”). En el documento se explica que: “aunque tanto ND como el PASOK han dado su apoyo por escrito al MoU, ambos han estado intentando distanciarse del MoU durante la campaña” (pág. 8). El MoU es el *Memorandum of Understanding* (“Memorandum de Entendimiento”), es decir, el paquete de ajustes impuesto por el FMI.

financiero estadounidense³³. Son los intentos cada vez más extensos de constituir organizaciones sindicales independientes en China, para preservar las conquistas y rechazar los retrocesos. Son las propias movilizaciones en Estados Unidos contra los ataques a la negociación colectiva de los empleados públicos (en Indiana, Ohio, Wisconsin...).

5. Conclusiones

De acuerdo al análisis teórico y empírico, ¿cuáles son las perspectivas de la economía mundial? Bajo el predominio de las relaciones de producción capitalistas, las contradicciones no van a dejar de acrecentarse. El aumento de la productividad que se puede esperar de la mayor cualificación de la fuerza de trabajo, que se apoya en los avances científicos y técnicos que ella misma hace posible, supone de forma automática una posibilidad mayor de producción de valores de uso. Pero se trata solamente de una posibilidad que, además, no podrá materializarse porque el objetivo del capital es su valorización, no la producción de valores de uso. Y dicha valorización se enfrenta a las dificultades crecientes que fundamentan la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, de modo que para tratar de contrarrestarlas se requiere de una explotación siempre en aumento, *“restaurar la relación correcta entre el trabajo necesario y el plustrabajo, sobre la cual en última instancia se fundamenta todo”*³⁴.

Se trata de la relación entre el “trabajo necesario” para la reproducción de la fuerza de trabajo (trabajo pagado que se expresa en el salario del trabajador) y el “plustrabajo” para la producción de la plusvalía (trabajo no pagado que se apropia como ganancia el capitalista). Es decir, se trata de la explotación de la clase trabajadora, que no sólo constituye la base de la ganancia y, por tanto, la fuerza motriz de la acumulación capitalista; sino que, además, debe ser constantemente aumentada, lo que lleva a una inevitable huida hacia delante del capital que se expresa en que necesariamente la destrucción de fuerzas productivas es cada vez más sistemática.

En este punto se culmina la gran contradicción constitutiva del capitalismo, pues el empobrecimiento es el resultado final del aumento de la productividad, que puede servir para producir más valores de uso pero no el valor que requiere el capital:

no es sino en el modo de producción fundado en el capital, donde el pauperismo se presenta como resultado del trabajo mismo, del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo (Marx, 1857-58, II: 111).

Por ello no hay posibilidad alguna de un capitalismo ordenado o civilizado. No se puede decretar una reproducción equilibrada:

Lo que controla la economía mundial no es el FMI o el BM o el Tesoro de EE.UU. o Wall Street. Lo que controla la economía capitalista mundial es más bien una *ley* impersonal, la *ley del valor*.

³³ Véase Arrizabalo (2014b).

³⁴ Marx (1857-58, I: 407).

Es impersonal en gran medida al modo como lo es la ley de la gravedad: funciona independientemente de la voluntad o intención de nadie³⁵.

Y la ley del valor que rige la economía capitalista mundial desemboca en la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia que niega toda posibilidad de desarrollo irrestricto de las fuerzas productivas, señalando así los límites históricos del capitalismo:

Existe un límite que no es inherente a la producción en general, sino a la producción basada en el capital (...) el capital contiene una limitación de la producción que es *particular* (...) para poner así al descubierto que, en contra de lo que aducen los economistas, el capital no es la forma *absoluta* del desarrollo de las fuerzas productivas, forma absoluta que, como forma de la riqueza, coincidiría absolutamente con el desarrollo de las fuerzas productivas (...) cuanto mayor sea el desarrollo del capital, tanto más se presentará como barrera para la producción –y por ende también para el consumo–, prescindiendo de las demás contradicciones que lo hacen aparecer como insoportable barrera para la producción y la circulación (Marx, 1857-58, I: 367-369)

En los siglos XVI, XVII y XVIII, en el seno de las economías europeas, en las que predominaban las relaciones de producción feudales, se incubaban desarrollos potenciales de las fuerzas productivas, asociados a cambios demográficos, descubrimientos científicos y acceso a recursos naturales procedentes de la expansión colonial. Sin embargo, su materialización en un desarrollo efectivo de las fuerzas productivas chocaba con las exigencias de las relaciones de producción feudales, que actuaban como una suerte de corsé. Dicho de una forma gráfica: existían la población, las materias primas, las herramientas y hasta las máquinas, de modo que podría parecer que ya se podían montar fábricas con muchos trabajadores y medios de producción más avanzados, en las que la productividad se dispararía. Falsa apariencia porque para ponerlas en marcha no hacía falta población, etc. sino fuerza de trabajo, de la que no se podía disponer al estar la mayor parte de la población sometida a las relaciones de servidumbre propias del feudalismo, lo que les impedía poder vender su capacidad de trabajar como fuerza de trabajo. Es decir: había un choque entre el potencial desarrollo de las fuerzas productivas y la supervivencia de las relaciones de producción previas.

Hoy ocurre sustancialmente lo mismo: en el seno de la economía mundial en la que predominan las relaciones de producción capitalistas, se han incubado desarrollos potenciales de las fuerzas productivas que chocan frontalmente con las exigencias de dichas relaciones. Entonces, especialmente desde mediados del siglo XVIII, la clase ascendente, la burguesía, dirigió una exitosa lucha de clase que le permitió desbancar a la vieja clase dominante, la oligarquía terrateniente, tanto de su posición económica marcando la pauta del proceso de acumulación, como de su posición política controlando el aparato de Estado.

La burguesía, que entonces desempeñó un papel progresivo, hoy ya no puede ser más que un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero la burguesía, como cualquier clase social que a lo largo de la historia de la humanidad ha disfrutado de privilegios, no sólo no va a renunciar a ellos, sino que batallará duramente para preservarlos, por más que sólo su derrota puede evitar que se precipite la humanidad a la barbarie:

³⁵ Kliman, Andrew (2000); "Talk to IMF–World Bank Teach-in", *Students for Solidarity and Empowerment*, Judson Memorial Church, Nueva York, 3 de marzo.

La burguesía es una clase viva que ha crecido sobre bases económicas y productivas determinadas. Esta clase no es un producto pasivo del desarrollo económico, sino una fuerza histórica, activa y viva. Esta clase ha sobrevivido a sí misma, es decir que ella se ha convertido en el freno más terrible para la evolución histórica. Pero esto no quiere decir que esta clase esté dispuesta a cometer un suicidio histórico, que se preste a decir: "habiendo reconocido la teoría científica de la evolución que me he convertido en reaccionaria, abandono la escena". La burguesía, totalmente contraria a las necesidades de la evolución histórica, sigue siendo aún la clase social más potente. Más aún, se puede decir que, desde el punto de vista político, la burguesía alcanza el máximo de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y sus medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación, es decir, el máximo del desarrollo de su estrategia de clase, en el momento mismo en el que está más amenazada de su pérdida social³⁶.

Que la supervivencia del modo de producción capitalista precipita al mundo a la barbarie no es una formulación retórica, sino la constatación de una amenaza que ya está materializándose: es el cuestionamiento de las condiciones de vida de la inmensa mayor parte de la población mundial, la clase trabajadora³⁷. En 1915, Rosa Luxemburg atribuye a Engels la formulación del dilema al que se enfrenta la humanidad: socialismo o barbarie.

Decía Federico Engels: "La sociedad burguesa se encuentra ante un dilema: o avance hacia el socialismo o recaída en la barbarie"³⁸.

Es decir, la organización social que se basa en la propiedad privada de los medios de producción por parte del capital, y su búsqueda de ganancia a partir de la explotación del trabajo, sólo puede llevar a una regresión social cada vez mayor, como se constata de una forma cada vez más marcada. Por tanto, la única alternativa es la expropiación del capital y la puesta en marcha de una acumulación socialista que permita que las posibilidades desarrolladas por la humanidad se materialicen efectivamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, en la mejora sostenida de las condiciones de vida del conjunto de la población.

Bibliografía

ARRIZABALO M., Xabier (2014a) ; *Capitalismo y economía mundial*, IME-ARCIS-UdeC, Madrid.

ARRIZABALO M., Xabier (2014b): "El euro: ¿caballo de Troya del FMI en Europa?", *Argumentum*, vol. 6, número 1, Universidade Federal do Espírito Santo, Vitória, febrero.

³⁶ Trotsky (1921); "Compte rendu du 3e congrès mondial de l'Internationale Communiste devant l'organisation de Moscou du Parti bolchevique, 1921", tomado de Mazet, G. (1971); "Crise monétaire et crise économique", *La Vérité*, n^o 554-555, París, octubre.

³⁷ En algunos planos, como la investigación médica contra el cáncer, el retroceso amenaza incluso a los más ricos: "Los recortes draconianos a la investigación biomédica ralentizarán nuestro progreso en el momento de mayor potencial científico y creciente necesidad en todo el mundo", declaración de Sandra M. Swain, doctora en medicina y Presidenta de la American Society of Clinical Oncology (Sociedad Americana de Oncología Clínica) en la conferencia de prensa de apertura de su 49ª reunión anual (Agencia EFE, 31 de mayo de 2013, www.efesalud.com/noticias/los-avances-en-investigacion-contra-el-cancer-en-eeuu-peligran-con-los-recortes/). El nuevo Presidente de dicha sociedad, el doctor en medicina Clifford A. Hudis, abunda en su fundamentada preocupación: "El estancamiento y la disminución del valor de los fondos federales está causando que los investigadores abandonen el campo de estudio y está erosionando la infraestructura de investigación del cáncer. Estos hechos tienen graves consecuencias potenciales a largo plazo (...) Las oportunidades para avanzar en el cuidado del paciente se perderán o retrasarán. Y una vez pasadas, se necesitarán muchos años para reconstruir nuestra fuerza de trabajo investigadora y la infraestructura de investigación"; American Society of Clinical Oncology (2013); "Federally Funded Research: The Politics and Process of Medical Research Funding", ASCO, 14 de septiembre (<http://www.asco.org/advocacy/federally-funded-research-politics-and-process-medical-research-funding>).

³⁸ Luxemburg, Rosa (1916); "La crisis de la socialdemocracia" en *Obras Escogidas*, tomo 2, Ayuso, Madrid, 1978, pág. 20. Este texto fue escrito en prisión, en 1915 y publicado finalmente en abril de 1916, firmado con el seudónimo Junius.

BOISGONTIER, Octave (1971); "Le croisé sans visage", *La Vérité (Revue théorique de la IV^e Internationale)*, números 554-555, París.

DE BLAS, Jesús (1994); "La formación del 'mecanismo económico estalinista' (M.E.E.) en la antigua U.R.S.S. y su imposición en la Europa del Este; el caso de Hungría (crisis de la concepción estalinista autárquica 'versus' proceso de integración en la economía capitalista mundial)", *Tesis doctoral*, UCM.

GILL, Louis (2009a); "En el origen de las crisis, ¿sobreproducción o subconsumo?", <http://www.rebellion.org/docs/114470.pdf>.

GILL, Louis (2009b); "La crisis actual, eco de las crisis de ayer y preludio de las de mañana", *Séminaire Fernand-Dumont*, Universidad Laval, Île d'Orléans, 21-23 de octubre.

GILL, Louis (1979); *L'économie capitaliste: une analyse marxiste*, Presses socialistes internationalistes, Montreal.

GILL, Louis (1996); *Fundamentos y límites del capitalismo*, Trotta, Madrid, 2002.

GLUCKSTEIN, Daniel (1999); *Lucha de clases y mundialización*, POSI, Madrid, 2001.

INTERNACIONAL COMUNISTA (1919-1923); *Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale communiste, 1919-1923. Textes complets*, La Brèche-Sélio, París, 1984 [Edición original de la Librairie du Travail en París en 1934. Existe edición en castellano: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973, 2 volúmenes].

KLIMAN, Andrew (2000); "The IMF, capitalism and the law of value", *Talk to IMF–World Bank Teach-in*, Students for Solidarity and Empowerment, Judson Memorial Church, Nueva York, 3 de marzo.

LENIN, Vladimir Ilich Uliánov (1917); *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Progreso Moscú, 1976 [Obras escogidas, tomo V].

MARX, Karl (1857-1858); *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Grundrisse 1857-1858*, Siglo XXI, México, 1971-1976, 3 vols. [También conocidos como *Manuscritos de 1857-1858* y *Grundrisse* (Borrador), fueron publicados por primera vez en 1939].

MARX, Karl (1861-1863); *Teorías sobre la plusvalía*; FCE, México, 1980 [En "Obras fundamentales de Marx y Engels", vols. 12, 13 y 14. También conocido como "Libro IV" de *El capital*, editado originalmente por Karl Kautsky en 1905-1910 y posteriormente por 1954, 1957 y 1961 en la URSS].

MARX, Karl (1867); *El capital (Crítica de la economía política)*, Libro I (El proceso de producción del capital), Siglo XXI, Buenos Aires, 1975, 3 vols.

MARX, Karl (1885, ed.); *El capital (Crítica de la economía política)*, Libro II (El proceso de circulación del capital), editado por F. Engels, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, 2 vols.

MARX, Karl (1894, ed.); *El capital (Crítica de la economía política)*, Libro III (El proceso global de la producción capitalista), editado por Friedrich Engels, Siglo XXI, Buenos Aires-Madrid-México, 1976-1981, 3 vols.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1845-1846); *La ideología alemana (Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas)*, Ediciones Pueblos Unidos y Cartago, Buenos Aires, 1985 [incluye las *Tesis sobre Feuerbach*, publicadas originalmente como apéndice de *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*].

VVAA (1979); *El programa de transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*, Akal, Madrid, 1977 [en Obras, vol. 4].